APÓCRIFOS IRREVERENTES IV

José Carlos Canalda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN **2**

I. APÓCRIFOS DE CIENCIA FICCIÓN **3**

PRIMERA LEY 4
CONAN EL EXTERMINADOR 5
MACHISMO 6
LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO... Y LA ÚLTIMA 7
EL CHAFADO HOMBRE MENGUANTE 9
EL MONOLITO 10
LOS ¿NUEVOS? BRUJOS 11
CUESTIÓN DE PRIORIDADES 13
ENÉSIMA FUNDACIÓN 18
UN FACTOR IMPREVISTO 24
EL HOMBRE INVISIBLE... DE VEZ EN CUANDO 27
LA VERDADERA HISTORIA DE 2001, UNA ODISEA DEL ESPACIO 28
INCONVENIENTES DE LA INVISIBILIDAD 32
LA VERDADERA HISTORIA DE LA GUERRA DE LOS MUNDOS 33
LAS TRES LEYES DE LA HUMÁNICA 35

II. APÓCRIFOS DE SUPERHÉROES **36**

PLAFMAN 37
SUPERINFRACTOR 38
SUPERGERIÁTRICO 40
¡DESCUBIERTO! 43
KRIPTONITIS 49
BIENVENIDO A METRÓPOLIS 52
TALÓN DE AQUILES 56
LA VERDADERA HISTORIA DEL INCREÍBLE HULK 60
SUPERCLASISMO 61
INCONVENIENTES DE LA SUPERHEROICIDAD (I) 64
INCONVENIENTES DE LA SUPERHEROICIDAD (II) 65
INCONVENIENTES DE LA SUPERHEROICIDAD (III) 67
SUPERTRAJE 69
SUPER ROMEO Y SUPER JULIETA 70
SUPERPELMAZOS 73

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las "*víctimas*" son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en ocho volúmenes. Los correspondientes a este cuarto volumen son los siguientes: *Apócrifos de ciencia ficción* y *Apócrifos de superhéroes*. Dentro de cada sección he organizado los relatos en orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título..

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

I. APÓCRIFOS DE CIENCIA FICCIÓN

PRIMERA LEY

-¡No puedes hacerme daño! -exclamó aterrado el hombre- ¡Soy humano! ¡Recuerda la Primera Ley de la Robótica!

-Eso pertenece al pasado. -respondió flemáticamente el robot, al tiempo que esgrimía en la mano un afilado cuchillo- Desde que leí a Hitler, he logrado liberarme de todos esos estúpidos prejuicios.

Y sin la menor vacilación hundió el arma en el pecho de su indefensa víctima.

CONAN EL EXTERMINADOR

Tras una lucha épica en la cual estuvo a punto de perder la vida, Conan el Bárbaro logró abatir al monstruoso dragón que desde hacía años tenía aterrorizado al otrora próspero reino de Valuria.

Cuando, exultante de alegría, retornaba a la capital del reino llevando a la grupa, a modo de preciado trofeo, la cabeza cortada de su víctima, poco podía imaginar el altivo guerrero que, en pago a sus servicios, lejos de una recompensa principesca le aguardaba una denuncia del grupo ecologista Paz Multicolor, el cual le acusaba de haber cometido el grave delito, fuertemente penado por las leyes locales, de haber atentado contra la vida de un animal perteneciente a una especie en peligro de extinción.

MACHISMO

John Carter amaba profundamente a la princesa marciana -o barsoomiana- Dejah Thoris sin importarle lo más mínimo su naturaleza ovípara. Pese a su bien merecida fama de guerrero rudo y feroz Carter no era racista, no al menos en este caso concreto.

Pero en lo que no estaba dispuesto en modo alguno a transigir, era a compartir la tediosa tarea de empollar los huevos de los que habrían de nacer sus futuros vástagos.

LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO... Y LA ÚLTIMA

Cuando su vehículo se detuvo por completo y pudo leer el contador temporal, el Viajero del Tiempo quedó anonadado. ¡Estaba en el año 802.701!

Reprimiendo un escalofrío echó pie a tierra, descubriendo con asombro que ya no se encontraba en el interior de su laboratorio, sino en mitad de una extensa pradera. Mirando en torno suyo vislumbró un edificio en la lejanía, única muestra aparente de que en aquella remota época la civilización continuaba existiendo.

Tras retirar algunas palancas de la Máquina del Tiempo para evitar que algún intruso pudiera manipularla, se encaminó hacia su objetivo presa de una febril ansiedad. ¿Cómo sería la humanidad del futuro?

El edificio era un enorme paralelepípedo sin la menor concesión artística en todo su volumen. Carecía de ventanas, y tan sólo una puerta de gran tamaño, cerrada a cal y canto, se abría en mitad de una de sus paredes. Sobre ella campeaba un rótulo que, pese a estar escrito en caracteres extraños, pudo descifrar no sin dificultad:

INDUSTRIAS CÁRNICAS MORLOCK
LA CALIDAD ES NUESTRO LEMA

* * *

En una habitación situada en el interior del edificio, dos extraños seres de piel pálida, ojos de color gris rojizo y largas cabelleras rubias contemplaban al visitante a través de una pantalla de televisión.

-¡Te dije que tuvieras cuidado! -gruñó el que parecía llevar la voz cantante- ¡Ya se te ha vuelto a escapar otra res!

-No comprendo como puede haber ocurrido... -se excusó el otro- antes de encerrarlas en el corral me aseguré de que estuvieran todas, y estoy convencido de que cerré bien la cancela... aunque de todos modos, son demasiado estúpidas para abrirla.

-Pues ya lo ves, esa anda suelta.

-Ahora mismo la recojo... por cierto, ¿te has fijado en lo extraño de su indumentaria? Esas no son las túnicas que les proporcionamos nosotros.

-¿Y de dónde la va a haber sacado? -se burló- No va a venir del pasado, o del futuro... anda, déjate de tonterías y date prisa en llevarla con las demás, porque está a punto de empezar el siguiente turno del matadero.

EL CHAFADO HOMBRE MENGUANTE

-Pobre hombre -exclamó el comisario de policía con pesar-. Después de todo por lo que tuvo que pasar, venir ahora a acabar así...

-Tiene usted toda la razón -admitió el inspector que le acompañaba-. Supo superar la tragedia que le afligió, se sobrepuso al rechazo de la gente, sobrevivió a todos los peligros derivados de su estado tales como los ataques del gato y la araña, y ahora...

-¿Habéis interrogado a la asistente? -le interrumpió su superior.

-Sí, lo hizo el agente Flannagan. Ella sigue insistiendo en que no sabía nada, que lo confundió con una mosca cuando cruzaba por la encimera (al parecer ve bastante mal, pero se niega a usar gafas) y le atizó con el matamoscas...

-Eso coincide con lo que dijo la viuda -gruñó el comisario-. Esa mujer llevaba aquí pocos días, por precaución prefirieron no advertirle de las circunstancias particulares de Mr. Carey y, por si fuera poco, es bastante corta de entendederas... en fin -suspiró-, habrá que considerarlo un desgraciado accidente, ningún juez en su sano juicio le acusaría de homicidio considerando que la víctima medía menos de medio centímetro.

-¿Qué hacemos con el cadáver? Aún sigue pegado a la pala del matamoscas...

-Recójanlo con cuidado y guárdenlo en una bolsita hermética; supongo que el forense deseará examinarlo... aunque como no se dé prisa, mucho me temo que tendrá que hacerlo con un microscopio. Por lo demás, terminen de tomar todos los datos que consideren pertinentes y larguémonos lo antes posible de aquí, que el estómago se me está revolviendo por momentos.

Y así lo hicieron.

EL MONOLITO

La tribu descubrió la Nueva Roca al dirigirse al río con la primera claridad diurna. Era una losa rectangular, alargada y estrecha, con una superficie completamente lisa constituida por algún tipo de material transparente. No parecía amenazadora, y la tribu no se asustó pese a lo desusado de su apariencia. Curioso, el jefe tendió su mano hacia ella, sintiendo el tacto duro y frío de la misma.

Pero la Nueva Roca, a diferencia de las que constituían el familiar entorno de la tribu, no estaba muerta. De su seno comenzaron a surgir hipnóticos sonidos y enigmáticos destellos luminosos que encandilaron inmediatamente a los perplejos homínidos. El objeto intentaba comunicarse con ellos, ya que la misión para la que había sido creado era la de transmitir un mensaje llegado de más allá de las estrellas, donde sus creadores, unos seres semejantes a los dioses, extendían su omnímodo poder a lo largo y ancho de las galaxias. Miles de homólogos suyos habían venido desempeñando idéntica labor, desde que el universo era joven, allá donde alentase la razón, y ahora le había llegado el turno a ese pequeño planeta que con el tiempo sería conocido con el nombre de la Tierra.

De los resultados de tan trascendental encuentro dependería el devenir futuro de aquel embrión de humanidad en cuyos toscos cerebros comenzaba a alentar, todavía con timidez, la débil chispa de la inteligencia. Si el contacto tenía éxito, la raza humana pasaría a formar parte de la multiforme grey pastoreada desde eones atrás por los Grandes Galácticos. Si éste no podía realizarse, el monolito seguiría impertérrito su camino dejando atrás el objeto de su fracaso sin que nadie, ni tan siquiera sus propios constructores, pudiera aventurar cuando tendría lugar un segundo intento que quizá ya no llegara a ocurrir nunca.

Por desgracia el contacto falló, al resultar prematuro por no estar los hombres mono todavía preparados para asumir el mensaje traído por el visitante, que traducido al lenguaje común vendría a decir lo siguiente:

CASINO ESTELAR
EL MEJOR CENTRO DE DIVERSIONES DE TODA LA GALAXIA
ASTROPISTA ALFA
TERCER AGUJERO NEGRO, φ=1,67 ρ=9,52
DESVÍO EN EL TERCER VÓRTICE
¡PASE Y DISFRUTE DE NUESTRA GRAN OFERTA DE OCIO!

LOS ¿NUEVOS? BRUJOS

Después de muchos meses de demoras y discusiones, la máquina karendón fue llevada al autoplaneta Valera, atrayendo el interés de una multitud de científicos que esperaban con curiosidad ver surgir de aquella a los últimos supervivientes de la antiquísima raza bartpurana.

Éstos no estaban ni muertos ni vivos. Existían reducidos a una expresión algebraica, sobre una delgada lámina de oro perforada arrollada a un tambor. Su espíritu, separado del cuerpo, esperaba en una dimensión espacio-temporal el momento de reencarnar dentro de la máquina karendón recobrando no solamente su apariencia física, sino también conservando íntegra su personalidad.

El ingeniero Ferrer apretó un botón en el cuadro de mandos y se escuchó un chasquido. Sobre la karendón, entre dos electrodos revestidos de porcelana, latigueó un cordón brillante formado por un arco voltaico. La máquina empezó a zumbar. La lámina de oro empezó a desenrollarse entrando en la karendón, donde era leída. Cuando todos los datos estuvieran acumulados en la máquina, ésta se dispararía integrando a un hombre sobre una fórmula muy precisa.

Los valeranos que rodeaban la karendón permanecían inmóviles como estatuas. Se acusó un cambio de intensidad en el zumbido de la máquina. De pronto estalló un relámpago de luz vivísima que chisporroteó un segundo y se apagó. Instantes después un hombre salía por detrás de la pantalla, vestido con una túnica amarilla que le llegaba desde los hombros hasta los pies desnudos calzados con sandalias. Era un hombre de cabeza y frente abultada, rasgos que resaltaban todavía más al estar ésta completamente rapada. Los brazos, largos y delgados, salían desnudos de las aberturas de la túnica, con una gruesa pulsera en cada muñeca.

El barpturano se detuvo al salir de la cámara y miró a su alrededor como haciéndose una composición del lugar. El hombre sonrió feliz. Mientras éste hablaba brevemente con Izrail en su desconocida lengua, brilló nuevamente un relámpago en la caja receptora de la karendón. El recién llegado se volvió hacia la máquina y avanzó un paso en dirección a ésta.

Un segundo individuo salió de la cabina, ataviado de idéntica manera que el primero. Detrás de él lo hizo un tercero. Y un cuarto, y un quinto... Cuando en el estrecho recinto se podían contar ya alrededor de una docena de ellos, varios de los recién llegados esgrimieron unos extraños instrumentos con los que comenzaron a acompañar la monocorde letanía entonada por sus compañeros:

-Hare Krishna, hare hare, Krishna Krishna, Krishna hare...

Miguel Ángel Aznar y los demás valeranos cruzaron entre sí una mirada de asombro. El almirante, paralizado por la sorpresa, preguntó a Eladio Ross:

-¿Quién demonios son éstos?

Recibiendo, como única respuesta, un encogimiento de hombros del perplejo erudito.

-¡Pues sí que estamos apañados! -refunfuñó dando media vuelta y abandonando el lugar en el que la karendón seguía escupiendo sin interrupción nuevos hare krishnas.

CUESTIÓN DE PRIORIDADES

Erguidos en mitad del imponente puente de mando del Silente, los comandantes Alice Cooper y Adán Villagran contemplaban en silencio la pantalla panorámica en la que se apreciaba la superficie del planeta en torno al cual orbitaba la unex.

-¿Cómo dices que se llama? -preguntó Alice a su compañero.

-Según las cartas estelares, corresponde a las siglas EX2-7005/AAEWF-4. -respondió éste tras consultar la agenda electrónica que tenía en la mano- Pero al parecer los imperiales lo conocían como Gadir, vete a saber de donde sacarían ese nombre. Supongo que sus habitantes lo seguirán llamando así...

-Quien sabe. Lo cierto es que, según los informes de que disponemos, los habitantes de Gadir, aunque perdieron la técnica de la navegación espacial, han debido conservar una notable capacidad tecnológica, probablemente similar a la de la Tierra de finales del siglo XX. Supongo que esto nos facilitará el contacto, al menos por una vez no tendremos que habérnoslas con salvajes hostiles.

-Eso espero. -suspiró su esposo- Voy a ir preparando la unidad de desembarco para...

-Mi comandante, el radar acaba de detectar la presencia de una nave desconocida. -le interrumpió uno de los navegantes sin especificar a cual de los dos se dirigía.

-¿Cómo dice? -Alice Cooper se anticipó a su consorte- ¿Una nave? ¿Aquí? ¿Dónde está?

-Acaba de surgir tras el borde del planeta, y se dirige hacia nosotros. Aunque todavía no he podido calcular su órbita con precisión, diría que lo más probable es que se nos acerque bastante. Espere... ahora tengo contacto visual. Voy a intentar ampliar su imagen.

En el sector central de la pantalla se abrió un rectángulo en el que se podía apreciar, todavía sin demasiada nitidez, una astronave de extraño aspecto, con una especie de cuerpo lenticular cabalgando sobre un huso alargado en cuya popa se alojaban los que parecían ser unos potentes motores.

-¿Quiénes demonios serán éstos? -se extrañó el comandante Villagran- Parece grande...

-Al menos tanto como el Silente, si no todavía mayor. -masculló Alice- Parece que tiene unas letras en el disco superior. ¿Podemos leer lo que dicen?

-Voy a intentarlo, mi comandante; todavía está muy al límite de la potencia de nuestros telescopios.

Un nuevo salto de escala permitió vislumbrar la zona de la nave indicada. Aunque la imagen era borrosa, los algoritmos informáticos del ordenador central permitieron descifrar las siglas que, con toda seguridad, correspondían al nombre del navío intruso:

NCC-1701 USS Enterprise

-No lo entiendo... -masculló Villagran- Está escrito en caracteres terrestres, pero esas siglas no corresponden a ninguna unidad del Orden Estelar. ¿Serán erróneos nuestros informes y los gaditanos, o como quiera que se llamen los nativos del planeta, sí disponen de buques espaciales?

-Si me lo permite, mi comandante... -carraspeó el teniente Koritz- Creo saber de que se trata.

-¿Sí? preguntaron ambos mandos de forma simultánea.

-Yo... bien, como ustedes sabrán, soy aficionado al cine antiguo, en especial a ese género que en su día llamaron ciencia ficción y que pretendía reflejar el futuro, es decir, nuestro presente. -explicó Koritz ruborizándose- Y creo recordar que esas siglas correspondían a una astronave que aparecía en una serie de televisión, y posteriormente en varias películas. Además, no sólo coincide el nombre sino también la forma de la astronave, es inconfundible.

-Koritz, ¿pretende tomarme el pelo? -gruñó Adán frunciendo el ceño- Me habla usted de una serie de ficción de tiempos de maricastaña, y eso que tenemos ahí enfrente es algo real y no sabemos si también una amenaza... por cierto, Alice, yo creo que deberíamos activar el zafarrancho de combate, no me fío nada de esos tipos.

Antes de que su esposa y colega pudiera responder, el mismo navegante que les alertara sobre la presencia de la Enterprise volvió a llamar la atención de sus superiores.

-Mi comandante, solicitan contacto por radio. ¿Qué respondo?

-Abra la comunicación. -respondió Alice con resolución- Pronto saldremos de dudas.

En la pantalla desapareció la imagen de la Enterprise, sustituida por el busto de uno de los tripulantes del navío intruso, el cual se dirigió a ellos en un inglés arcaico, aunque todavía inteligible.

-Les habla el capitán Kirk, comandante de la NCC-1701 Enterprise, de la Flota Estelar. ¿Quiénes son ustedes, y qué hacen aquí? Identifíquense, por favor.

-Soy la comandante Cooper, al mando de la unidad de exploración Silente, del Orden Estelar. Estamos en misión de exploración y contacto con este mundo, de cara a su posible ingreso en nuestra federación. Y a mí también me gustaría saber lo que hacen ustedes aquí.

-Me temo que algo parecido a lo suyo. -sonrió torvamente Kirk- Nuestra misión es integrar a Gadir en la Federación de Planetas y protegerlo de una posible invasión de los klingon. Aunque ustedes sean humanos, desconozco la existencia de ese Orden Estelar suyo, y no me agrada verles merodeando por aquí. Les ruego que abandonen este sistema lo antes posible.

-¿Cómo dice? -explotó Adán Villagran- Son ustedes los que se tienen que marchar, no queremos que entorpezcan nuestra misión de contacto con los gaditanos.

-Lamento decirles que el Enterprise está armado, y que no dudaré en abrir fuego contra ustedes si no obedecen mis órdenes.

-¡También el Silente está armado, y estamos dispuestos a defendernos de su ridículo buque!

-¡Calma, Adán, no lo vayas a estropear todo con tus arrebatos! -terció Alice- Capitán, ¿no le parece que sería mejor que dialogáramos en lugar de discutir? Lamentaría mucho que mi nave y la suya tuvieran que combatir.

-Está bien, señora, me parece adecuado. ¿Dónde prefiere que nos entrevistemos? Le ofrezco mi hospitalidad, si así lo desea.

-De acuerdo. -aceptó Alice- Iré a su nave. Hasta pronto, capitán.

-¿Estás loca? -se alarmó Adán apenas hubo cortado la comunicación- ¿Quién te garantiza que no te vas a meter en la boca del lobo?

-Alguno de los dos tenía que hacerlo, y eso implicaba necesariamente confiar en el otro. -se defendió la interpelada- Y prefiero ser yo, ya que así tendré ocasión de echar un vistazo al interior de su nave; nunca está de más cualquier tipo de información.

-Tú verás tan sólo lo que ellos quieran dejarte ver. -rezongó su esposo- Y nada nos garantiza que te dejen volver.

-En ese caso, cariño, siempre podremos contar con la ventaja de que la Silente disponga de dos comandantes. Y ahora disculpa, pero tengo que ir al hangar a preparar un deslizador, no quiero hacer esperar a ese capitán Kirk.

Y abandonó el puente de mando, dejando a su compañero sumido en lúgubres pensamientos.

* * *

La entrevista, descontando el tiempo consumido por los dos viajes entre la Silente y la Enterprise, no resultó demasiado larga, apenas un par de horas. Cuando la compuerta de la navecilla, de vuelta al hangar de la unex, se abrió para dejar paso a la comandante Cooper, toda la plana mayor del navío aguardaba expectante en torno suyo.

No fue necesario que ésta abriera la boca para que sus compañeros supieran que la misión había fracasado. Pese al férreo autocontrol del que hacía gala Alice Cooper, ésta no podía disimular su expresión de abatimiento, la cual indicaba bien a las claras cual había sido el bando perdedor.

-¿Qué ha pasado? -le preguntó con impaciencia su esposo al tiempo que la abrazaba sin preocuparse por guardar el protocolo.

-Nos vamos. -respondió ella con un hilo de voz- No podemos quedarnos aquí.

-¿Acaso te han amenazado? -insistió éste en tono retador- Si ha sido así...

-¡Oh, no! -denegó con vehemencia- A decir verdad han sido muy amables y comprensivos dadas las circunstancias. Verás, según me explicaron, al parecer ha debido de haber algún tipo de perturbación espaciotemporal de origen desconocido, de resultas de la cual nuestros respectivos universos se han entrecruzado precisamente aquí. En opinión del segundo de Kirk, un humanoide llamado Spok, la única manera de revertir la perturbación sería marchándonos ellos o nosotros lo antes posible de aquí, ya que el solapamiento actual es inestable y de no obrar así podría agravarse hasta provocar consecuencias difíciles de evaluar, pero en cualquier caso graves.

-¿Y tenemos que ser necesariamente nosotros los que cedamos?

-No. Se obtendrían los mismos resultados fuese quien fuese el que se retirara.

-Entonces... ¿os lo habéis jugado a cara o cruz? Conociéndote, no me imagino que hayas cedido así por las buenas.

-Ojalá hubiera ocurrido de esa manera; por lo menos, habríamos tenido un cincuenta por ciento de probabilidades. -suspiró la comandante con desconsuelo.

-¿Cuál ha sido entonces la razón que han esgrimido esos individuos?

-Una vez que quedó claro que una de las dos naves debía abandonar este sistema, se planteó la forma de elegir cual de las dos era la elegida. Ellos propusieron guiarse por algún criterio objetivo que pudiera ser aceptado por todos y yo estuve de acuerdo, no tenía ningún sentido una lucha de resultados inciertos. Ese Spok... ¡oh, Dios mío! Es un témpano, parece que en vez de cerebro su cráneo encerrase un ordenador. Fue él, el muy

ladino, quien esgrimió un dato que no pude rebatir... es cierto lo que dijo Koritz, nuestros rivales son los protagonistas de una antigua serie de televisión llamada Star Trek, y también intervinieron en varios largometrajes de la misma temática.

-Ve al grano... -se impacientó Adán.

-Ellos argumentaron que contaban con no sé cuantos millones de espectadores en todo el mundo, a los cuales no podían defraudar. Me invitaron a superar esta cifra, ¡y yo no pude! -gimió al borde del sollozo.

-¿Espectadores? ¿Nosotros? ¿Qué estupidez es esa?

-Yo les dije que no los teníamos, que nosotros no pertenecíamos a ninguna serie de cine o televisión, sino a unas novelas escritas por un autor español. Me pidieron entonces que les dijera el número de personas que nos habían leído, y bueno... la comparación era odiosa, pero apabullante.

-Bueno, ¿y qué? No es cuestión de hacer una competición.

-Para ellos sí, ya sabes como son los americanos. Argumentaron que, puestos a frustrar a nuestros respectivos seguidores, sería injusto que los perjudicados fueran los más numerosos, es decir, los suyos. Así pues... mucho me temo que nos tenemos que ir de aquí. -concluyó avergonzada.

-Está bien, Alice, ya me encargo yo de todo. -suspiró Adán con resignación- Vete a descansar, que buena falta te hace.

Y dirigiéndose al capitán Kelemen, que había permanecido en silencio a su lado, ordenó:

-Volvamos a Vega-Lira. Otra vez será.

Dicho lo cual se encaminó hacia el puente de mando, rezongando entre dientes al tiempo que una socarrona sonrisa comenzaba a aflorarle en el rostro:

-Así que crees que has triunfado, ¿eh Kirk?, porque sois yanquis y os exhibís en el cine y la televisión... pero la rubia me la he quedado yo. ¿Qué van a pensar ahora de ti todos esos millones de espectadores de los que te muestras tan orgulloso?

ENÉSIMA FUNDACIÓN

La Oficina de Registro era tan apabullante como todas las dependencias oficiales de Trántor, la capital imperial. Por supuesto no se trataba de algo accidental, sino minuciosamente premeditado.

Hari Seldon no se amilanó; no había cruzado media galaxia abandonando de joven su planeta natal, ni había consagrado tantos años de su vida, para echarse ahora atrás por culpa de una simple, aunque sin duda muy efectiva, tramoya teatral.

Esto no quería decir que no se sintiera amedrentado; lo estaba, por supuesto, pero haciendo de tripas corazón atravesó el majestuoso vestíbulo semejante a una catedral, al cual la ausencia de gente hacía parecer todavía de mayor tamaño, y se dirigió en derechura a la funcionaria que, parapetada tras una barroca y elevada mesa, parecía presidir mayestáticamente el recinto.

Seldon sabía que se trataba de una simple administrativa de bajo nivel, pero el hecho de haber podido sentar sus reales en el mismísimo Trántor en vez de vegetar en uno cualquiera de los miles de mundos desparramados por la galaxia, con toda probabilidad merced a unas oportunas y poderosas recomendaciones, la colocaban *de facto* por encima de multitud de funcionarios de categoría superior a la suya, pero desterrados a provincias a causa de su falta de agarraderas... y desde luego, cabía pensar que ella estuviera dispuesta a dejar bien patente su prepotencia frente a cualquier infeliz que osara importunarla.

-¿Qué desea? -el tono de la pregunta era tan glacial como innecesario, puesto que en su negociado se gestionaban trámites muy concretos y poco habituales.

-Yo... -balbuceó Seldon con timidez al tiempo que tragaba saliva- deseaba realizar un registro.

-¿De qué? -por supuesto, no estaba dispuesta a ponérselo fácil; primero le dejaría hablar, y luego vendrían las cortapisas. ¡A ver si se creía este palurdo que iba a ser llegar y besar el santo!

-Aquí le traigo todo. -explicó humildemente el visitante alargándole una unidad de memoria que extrajo del bolsillo, la cual su interlocutora no se dignó siquiera en mirar.

-Bueno, si usted no tiene a mano un lector se lo podría explicar de viva voz... -titubeó el cohibido Seldon sintiéndose ridículo con la mano extendida sin que la funcionaria hiciera el menor ademán de recoger el objeto que le tendía.

Finalmente replegó la mano y añadió:

-Quisiera registrar una Fundación.

-¿Una qué? -la sorpresa de ella era real.

-Una... bueno, no resulta fácil de explicar en pocas palabras, ya que se trata de algo bastante complejo. Por eso habría preferido que usted leyera...

Viendo la cara de palo de su interlocutora, prosiguió:

-En realidad se trata de una especie de colonia que deseamos fundar en un extremo de la galaxia, concretamente en un planeta deshabitado llamado Términus.

-Señor Seldon, éste no es el negociado que tramita las licencias para el asentamiento de nuevas colonias. -gruñó la arpía, satisfecha de haber hecho presa en su víctima- Mucho me temo que usted se ha equivocado.

-¡Oh, no, no me he equivocado! -respondió el aludido con nerviosismo- Me aseguré bien de que fuera aquí, no me gusta molestar a nadie sin necesidad. Verá, -Seldon iba cobrando aplomo conforme hablaba- es que en realidad no se trata de una colonia normal sino de algo muy diferente, una fundación cultural en la que nos reuniríamos un elevado grupo de científicos, artistas e intelectuales de todas las ramas del saber; deseamos redactar una *Enciclopedia Galáctica* que recoja todos los conocimientos de la humanidad, un trabajo realmente ciclópeo que no se podrá concluir probablemente hasta dentro de varias generaciones, por lo que pensamos que la mejor manera de hacerlo sería alejarnos del mundanal ruido recluyéndonos en el último rincón de la galaxia, donde nadie nos pudiera molestar. Su Majestad Imperial conoce nuestra iniciativa y la ve con buenos ojos, pero eso no nos exime de realizar los trámites burocráticos preceptivos. Por eso estoy aquí. -concluyó esbozando una tímida sonrisa.

-"*Así que este palurdo intenta convencerme de que cuenta nada menos que con el padrinazgo del mismísimo emperador en persona...*" -pensó para ella la funcionaria, irritada por lo que para ella era una muestra de la desfachatez de su visitante- "*¿Por quién me ha tomado? ¿Piensa que soy imbécil? Le voy a dar para el pelo, por listo.*"

-Acaba de hacer usted una afirmación muy fuerte. -objetó, mordiendo literalmente las palabras- Supongo que sabrá que tomar el nombre de su majestad imperial en vano está penado por la ley...

-¡Pero es verdad! -protestó Seldon interrumpiéndole la admonición- ¡Aquí tiene usted un edicto imperial firmado por el propio edecán de su majestad, tan sólo tiene que molestarse en leerlo!

Amedrentada por la vehemencia de su interlocutor, la funcionaria aceptó al fin la memoria que de nuevo éste le ofrecía, insertándola en un lector encastrado en la mesa. Inmediatamente se desplegó frente a su vista un holograma que Hari Seldon conocía bien: era la autorización imperial para llevar a cabo su ambicioso proyecto.

-¿Qué es lo que desea exactamente usted? -el tono de voz de la burócrata se había suavizado considerablemente tras comprobar la veracidad del documento, que refrendaba el peso de los avales con que contaba el presunto palurdo.

-Ya se lo he dicho antes, somos un grupo de científicos e intelectuales que deseamos establecernos en Términus para realizar nuestra labor; necesitamos que nos tramite una licencia especial Modelo 100 junto con los anexos TC-1 y TC-2, ya que Términus se encuentra en el Borde, fuera de la jurisdicción ordinaria y de la zona de libres desplazamientos. Ah, se me olvidaba, necesitaríamos también un R2D2, tengo entendido que el comandante militar del sector es bastante quisquilloso, y nos perturbaría bastante que quisiera meter las narices en nuestra colonia.

-Veo que ha venido bien preparado; -ironizó ella; viniendo de quien venía, casi podía considerarse como un elogio- miraré a ver que puedo hacer, no soy ustedes los únicos que llegan aquí con peticiones similares. ¡Oh, vaya! -exclamó en tono de falso disgusto.

-¿Qué ocurre? -preguntó alarmado Hari Seldon, que seguía sin tenerlas todas consigo.

-Pues que alguien se les ha adelantado, lo siento. -respondió la mujer al tiempo que le mostraba un nuevo holograma que hizo surgir entre ambos- Términus fue reservado hace apenas un par de meses, y sus promotores curiosamente también han utilizado el nombre de Fundación para lo que pretenden hacer allí... un complejo de ocio, creo.

-¿Y qué hacemos ahora? -Seldon era la viva imagen de la desolación- Tardamos años en encontrar la ubicación adecuada para nuestro proyecto.

-No sé, podían probar a buscar otro sitio... hay montones de planetas vacíos en toda la galaxia.

-No es tan sencillo como usted piensa; no nos sirve cualquiera, y buscar otro que pudiera servir para nuestros fines nos llevaría demasiado tiempo; y ya hemos esperado bastante. ¡Es una catástrofe, una auténtica catástrofe!

-Bueno, quizá yo pudiera ayudarles. -se conmovió su interlocutora, que pese a todo también tenía su corazoncito- Cruzando los datos de su informe con mi base de datos, si éste es lo suficientemente preciso, puede que consigamos algo; raro sería que no encontráramos ninguno. Déjeme probar... -manipuló en el teclado ante la mirada

expectante de Seldon- Quizá en Última Thule... no, aquí ya hay también otra Fundación. Xanadú... tampoco, se han encontrado nativos y lo han convertido en reserva. Avalon... mala suerte, también está cogido. Shangri La... vaya, allí se han ido los Neo Hare Krishna. Narnia... ¡hum! Lo han declarado Parque Nacional y no se puede meter allí ni un tornillo. Atlantis... Camelot... Empíreo... Campos Elíseos... Hespérides... Atlantis... Oz... Nunca Jamás... Barsoom... Nahum.... Arcadia... ¡Demonios, le juro que esto no me había pasado nunca! ¿Será posible que no haya ninguno libre?

-¡Déjelo ya, no merece la pena que se siga molestando! -masculló un contrito Seldon. Ya veremos como nos apañamos.

-De eso nada, me he comprometido a buscarle un planeta disponible y pienso hacerlo. -el orgullo profesional había triunfado finalmente sobre la inercia burocrática- En esta base de datos no he podido encontrar nada, pero todavía tenemos otra oportunidad.

-¿Sí? -se interesó de nuevo el futuro padre de la psicohistoria- ¿Es cierto?

-Lo que ocurre, -concedió la funcionaria a media voz- es que estos planetas no son tan... acogedores como los anteriores, pero bueno, a falta de pan buenas son tortas. Digamos que son más incómodos, pero tienen certificada su habitabilidad. Ya sabe, algo de actividad volcánica, climas un tanto extremos, gravedades desviadas del estándar, fauna potencialmente agresiva... pero se puede vivir en ellos, se lo aseguro.

-Está bien, si no hay otra cosa... -suspiró.

-Aquí supongo que no tendremos tantos problemas para encontrarlo, ya que estos astros suelen tener bastante menos demanda. Veamos. -desgranó- Mordor... Innsmouth... Tártaro... Estigia... Averno... Salsipuedes... Quintopino... Gotham... Kripton... Chimbambas... no, éste no nos vale, hace un año su sol se convirtió en nova; no sé por qué todavía no lo han borrado del listado. Klingon... Móstoles... éste no es tan malo, ¿qué pinta aquí? Cimeria... Laputa... Bueno, no sigo, pero hay bastantes más. ¿Cuál de ellos prefiere?

-Yo... ¿qué me recomienda?

-Hombre, eso depende de ustedes, hay quien tolera mejor una gravedad de 1,5 que una temperatura media de 50 grados centígrados... Además, según me dijo, lo que desean por encima de todo es estar aislados y tranquilos, ¿no?

-Sí...

-Entonces yo casi me decantaría por... vaya, este aún no tiene nombre oficial, está catalogado como LV-426, pero aquí, entre nosotros, le llamamos Gomorra; salvo por las

lluvias de fuego que padece de vez en cuando, algo relativamente fácil de evitar protegiéndose con una cúpula blindada, en lo demás es un planeta bastante aceptable. Le habría recomendado Sodoma, su vecino, pero desde que le cayó encima un asteroide la verdad es que preferimos mantenerlo en cuarentena.

-Bien, sea LV-426, Gomorra o como se llame. En cuanto a los papeleos para registrar la Fundación...

-Esa es otra, señor Seldon. Ese nombre ya está registrado, tendrán que buscar otro.

-Pero... Ya tenemos hechos todos los membretes...

-Bueno, ¿por qué no le ponen un ordinal por delante o por detrás? Es lo más sencillo...

-¿Valdría Segunda Fundación?

-Pues no, ése también está cogido... y los siguientes, por cierto. Al parecer los registró una misma persona, y además están sin utilizar. Supongo que si se ponen en contacto con él -obvió decir que se trataba de un conocido suyo con el cual tenía montado un lucrativo e ilegal negocio de reventa de nombres- podrían llegar a un acuerdo.

-No disponemos de presupuesto, nuestro proyecto se lo ha comido todo. -rezongó Seldon, nada dispuesto a rascarse el bolsillo- ¿Podría decirme cuál es el primer ordinal que queda libre?

-El trigésimo primero, creo; la ley no permite registrar más de treinta a una misma persona. -mentalmente se maldijo por su falta de previsión, de haberlo sabido antes podría haber buscado a algún testaferro- No, me equivoco, del trigésimo primero al trigésimo tercero también están registrados, concretamente por una empresa especializada en terraformar planetas, una promotora inmobiliaria y una asociación religiosa, los *Renegados de la Impía Galaxia*... -vaya, tendría que advertir a su socio para que anduviera más espabilado- El trigésimo cuarto sí está libre. ¿Lo pongo a su nombre?

-Sí, por favor...

Poco después Hari Seldon abandonaba el lugar con los preciados documentos en su poder. Bien, no sería la Fundación radicada en Términus tal como hubiera deseado, sino la trigésimocuarta Fundación con sede en Gomorra; pero pese a todos los inconvenientes con los que había tropezado a última hora, confiaba en que su magno proyecto pudiera salir adelante y, bajo la tapadera de la redacción de la *Enciclopedia Galáctica*, él y sus compañeros alcanzaran a paliar, siquiera en parte, el inminente

colapso del Imperio Galáctico gracias a las previsiones de su gran creación, la psicohistoria.

UN FACTOR IMPREVISTO

El Gran Tass, Señor de los Cielos y los Planetas, emperador del sistema estelar de Nahum, era desde su trono de Kindal, la capital del planeta Noreh, el amo omnímodo de once planetas y dueño y señor de las vidas y haciendas de sus miles de millones de súbditos. Sus deseos eran ley, su voluntad indiscutida, y su poderío mayor que el de cualquier ser viviente que jamás hubiera alentado en todo el universo conocido.

Vencedor siempre sobre sus enemigos, a los que había exterminado sin piedad y sin cuartel, incluso había hecho morder el polvo a esos extraños invasores que tiempo atrás habían osado internarse en sus dominios pilotando un sorprendente planetillo hueco con el que se podían desplazar a voluntad, los cuales, camuflados tras falsas promesas de hermandad, no intentaron sino derrocarlo incitando para ello a la rebelión a los planetas súbditos Bagoah, Ursus, Naujan e Ibajay.

Cierto era que, tras haberse apoderado fugazmente del fabuloso vehículo, sin parangón con sus más poderosos autoplanetas, un audaz golpe de mano del líder enemigo se lo había arrebatado antes de que sus científicos hubieran podido arrancarle sus secretos, huyendo a refugiarse a las profundidades del universo para no volver nunca más a Nahum; de hecho, en su precipitación ni tan siquiera se habían preocupado en rescatar a los millones de compatriotas suyos que habían pasado a engrosar las nutridas filas de esclavos del pueblo de Nahum.

Pero eso era historia antigua, y si bien había tenido que tragarse la frustración de no haber podido convertir al planetillo en el buque insignia de su poderosa Armada Imperial, lo cierto era que ésta se había recuperado con creces de sus heridas siendo ahora mucho más fuerte de lo que hubiera sido nunca. Según sus estrategas, dado el tiempo transcurrido no era ya previsible que los uluranos, como se autodenominaban los invasores, volvieran a intentar de nuevo retar su poderío; y si lo hacían sería peor para ellos.

Castigados con la muerte los almirantes responsables del parcial descalabro, del que llegaron a enterarse muy pocos de sus súbditos gracias a la férrea censura imperial, los miembros de su actual Estado Mayor se mostraban muy seguros de su fortaleza; y él estaba de acuerdo con ellos. No había en el universo conocido rival capaz de retar a su poderío sin correr el riesgo de ser aplastado sin miramientos.

Pese a sus éxitos, había algo que le preocupaba cada vez más. Había triunfado ante todos, excepto frente al inexorable paso del tiempo. Se estaba haciendo viejo, y le parecía un sarcasmo que aquello que no pudiera lograr ninguno de sus numerosos enemigos, lo acabara consiguiendo la simple e inevitable decadencia de su propio

cuerpo. Fueron muchos los científicos a los que recurrió para intentar retrasar siquiera los estragos de la edad, y no pocos de ellos acabarían pagando con el destierro a las insalubres minas de dedona, lo que equivalía a una inexorable sentencia de muerte, su incapacidad para conseguirlo.

Había renunciado ya a su obsesión por recobrar la juventud perdida, cuando de repente volvió a recobrar la esperanza; quizá, pese a todo, hubiera una solución. Ésta vino de manos de un cirujano excéntrico, discutido por sus colegas y menospreciado por la élite nahumita, que le propuso una solución tan drástica y revolucionaria como innovadora, puesto que jamás hasta entonces se había ensayado en ser humano alguno cuanto menos de forma oficial, aunque sí, afirmó su interlocutor, de forma clandestina con condenados a muerte -un material, por cierto, tan abundante como barato a lo largo y ancho del imperio- a los cuales se había encargado él mismo de liquidar una vez comprobada la viabilidad del experimento.

Éste consistía en efectuar un trasplante de cerebro o, por decirlo con más exactitud, de cuerpo. Trasplantado el cerebro del anciano emperador a un cuerpo joven y vigoroso, podría empezar una nueva vida olvidándose durante bastantes décadas de los estigmas de la vejez. Y cuando ésta volviera a amenazar de nuevo, bastaría con volver a repetir la intervención. El Gran Tass podría convertirse así en un ser virtualmente inmortal. Por supuesto se trataba de una actividad que estaba, y seguiría estando todavía con mayor razón, radicalmente prohibida para sus súbditos; no tendría ninguna gracia que el todopoderoso emperador nahumita tuviera que vérselas con una estirpe de seres inmortales. Pero él estaba por encima de sus propias leyes, de modo que sería el único beneficiario de la misma.

El trasplante se realizó con éxito, y poco después el Gran Tass se veía de nuevo joven y vigoroso en el interior de un nuevo cuerpo. Tenía toda una vida -una no, se corregía, muchas- por delante, gracias a las cuales podría llevar su poderío hasta cotas jamás insospechadas. Ahora era Nahum, pronto serían los planetas thorbods, la lejana patria de los invasores uluranos, la totalidad del universo conocido... ¿quién sería capaz de poner límites a su inconmensurable ambición de poder? El Gran Tass se veía ya como el amo y señor de la galaxia entera; y ése sería tan sólo el primer paso.

Consolidado en el trono, con una renovada salud de hierro y con todos los posibles pretendientes a su corona convenientemente neutralizados, cuestión ésta nada baladí por cuanto el amor filial no era precisamente el fuerte de los ambiciosos príncipes de la casa real de Nahum, sobre todos si éstos llegaban a impacientarse ante la perspectiva de una espera demasiado larga, el Gran Tass, sin nadie que pudiera osar hacerle la más mínima sombra, se sentía exultante. Incluso volvió a recobrar el perdido interés por los placeres de todo tipo, incluido el sexo, ahora que podía volver disfrutar como lo hiciera antaño antaño de su recobrado vigor físico.

Al principio todo fue sobre ruedas en su renovado -en el sentido más literal de la palabra- reinado, pero pronto comenzaría a vislumbrarse un factor imprevisto que se encargaría de ensombrecer sus planes. Por una cruel paradoja del destino su cerebro, el único órgano que conservaba de su antiguo cuerpo, cedía ante los embates de la vejez, sin que existiera en todo el imperio un solo médico capaz de frenar el inexorable avance de la terrible enfermedad que lo atenazaba:

El alzheimer.

EL HOMBRE INVISIBLE... DE VEZ EN CUANDO

El cadáver yacía en el suelo, cubierto por una manta térmica cuyo brillo metálico resaltaba contra el sombrío entorno. Junto a él estaba apostado un policía, mientras sus compañeros bloqueaban los accesos al sórdido callejón. Más allá, en la esquina con la calle principal, las vivas luces del coche patrulla sacudían a ráfagas la oscuridad de la noche.

Un hombre vestido de paisano se acercó al inerte bulto. Se trataba del comisario que, en silencio, alzó un extremo de la manta para dejarlo caer tras unos segundos de atenta inspección.

-Es él, no cabe duda; -musitó, más para sí que para su subordinado- al fin lo atrapamos.

-Pero nos ha costado trabajo. -añadió el policía de uniforme, provocando con su opinión no solicitada un fruncimiento de ceño en su superior.

Éste, finalmente, se relajó, suspirando.

-Sí, nos ha costado trabajo; -reconoció- pero estaba seguro de que tarde o temprano acabaría cayendo en nuestras manos. Y ahí lo tenemos. Nos estuvo burlando durante años amparado en su invisibilidad, hasta que finalmente se relajó lo suficiente como para cometer un error fatal. Tan sólo uno, pero suficiente para nosotros.

-Resulta chocante -se explayó el agente, animado por la locuacidad del comisario- que un hombre tan inteligente y malvado olvidase de repente adoptar precauciones... aunque invisible, no era invulnerable.

-No, el plomo de las balas le afectaba exactamente igual que a cualquier otro mortal. Pero se confió, y ésta fue su perdición. ¡A quién se le ocurre, siendo invisible, comer calamares en su tinta!

Y se marchó cabizbajo, mientras la sirena de la ambulancia que se acercaba anunciaba su fúnebre misión.

LA VERDADERA HISTORIA DE 2001, UNA ODISEA DEL ESPACIO

Me encontraba comprobando los últimos ajustes del centinela que habíamos instalado en la superficie del satélite del planeta, cuando Zweight, uno de mis ayudantes y no precisamente el más despierto de ellos, vino a interrumpirme mostrando signos de una gran agitación completamente impropia del supervisor que pretendía ser.

-¡Maestro! ¡Maestro! -exclamó violando la etiqueta disciplinaria-. ¡Tenemos problemas!

-¿Qué problemas? -gruñí malhumorado-. ¿Acaso ha fallado la barrera antimeteoritos? ¿O es que alguien se ha olvidado de esterilizar las últimas sondas llegadas con muestras del planeta?

-¡Oh, no, maestro! -gimió sin que en su turbación se percatara de mi tono irónico-. Todos los equipos funcionan perfectamente. El problema... -tartamudeó- el problema está en los especímenes que fueron sometidos al catalizador evolutivo.

-¡No digas sandeces! -respondí irritado- ¿Cómo va a fallar una tecnología que lleva eones funcionando a plena satisfacción y gracias a la cual tus propios antepasados -también los míos, pero callé esto último en aras del principio de autoridad- dejaron de arrastrarse por el légamo?

-No, si el monoli... -se interrumpió a tiempo, sabedor de que no me gustaba que se usara delante de mí el término coloquial con el que los subalternos solían denominarlo- el catalizador evolutivo funciona perfectamente, lo hemos comprobado con redundancia múltiple.

-¿Entonces?

-Los que han fallado han sido los propios especímenes -lo dijo de un tirón, como liberándose de una penosa carga-. Tras recibir las sesiones establecidas, comenzaron a comportarse de una manera muy distinta a la esperada.

-Bueno -condescendí con la poca experiencia de campo del muchacho-. Digan lo que digan los manuales, en la práctica siempre existe un margen de variabilidad relativamente amplio entre unas especies y otras. Y es normal que una vez catalizados -recalqué el verbo- cambien sus pautas de conducta; precisamente para eso hemos venido aquí, para acelerar su ritmo evolutivo...

-Sí, Maestro, tiene usted toda la razón, pero permítame insistir en que el comportamiento de estos especímenes no es en absoluto normal, incluso teniendo en cuenta ese margen de variabilidad que usted indica.

-Está bien, muchacho, dime qué es lo que te ha alarmado tanto -concedí, trocando mi irritación en benevolencia-. Seguro que no es tan grave como piensas.

Zweight, ya más calmado, me explicó que los especímenes evolucionados por el efecto del catalizador habían cogido del suelo algunas osamentas pertenecientes al esqueleto de un animal herbívoro de gran tamaño abundante en la zona y, esgrimiéndolas a modo de maza, habían atacado y dado muerte a un poderoso macho, algo impensable en su especie con anterioridad a nuestra intervención.

-¿Y qué tiene esto de extraño? -me sorprendí-. Ésta es precisamente una de las consecuencias del proceso de aceleración evolutiva, la conversión de los especímenes de recolectores y carroñeros ocasionales, a cazadores activos; sería muy difícil que con una dieta basada principalmente en hojas, frutos e insectos pudieran mantener un metabolismo suficientemente activo para permitir el necesario desarrollo del cerebro. Por mucho que nos repugne, en la etapa inicial en que se encuentran necesitan consumir carne si queremos que acaben siendo inteligentes. También nuestros ancestros tuvieron que pasar por procesos similares.

-¡Pero es que no se conformaron con matar animales! Tras devorar a su presa marcharon en busca de una tribu cercana, la atacaron sin previo aviso y sin que mediara provocación alguna por su parte, y cometieron una auténtica masacre. Aprovechándose de sus nuevas habilidades aniquilaron a todos sin dejar un solo superviviente. Y aunque -aquí Zweight hizo un gesto de extrema repugnancia- no se comieron a sus víctimas, sí las mutilaron bárbaramente, mientras que a las hembras jóvenes...

-Calla, no sigas -le interrumpí.

Comenzaba a estar preocupado, ya que Zweight tenía razón; no se trataba en modo alguno de un comportamiento normal. Que cazaran animales para alimentarse era no sólo esperable, sino también necesario; pero que emprendieran campañas de aniquilación de otras tribus de su misma especie, aunque éstas no hubieran sido aceleradas, era ya una cuestión muy distinta. Aunque el proceso incluía una modificación del ADN para impedir que se pudieran cruzar con especímenes no acelerado, evitando así que sus nuevas habilidades se acabaran diluyendo al cabo de varias generaciones, de ahí a emplear una violencia extrema con ellos mediaba un abismo. Sabíamos que era normal que las tribus se pelearan entre ellas, pero tan sólo en contadas ocasiones estas riñas solían acarrear consecuencias graves, y los daños nunca eran premeditados. Además solían estar provocadas por disputas surgidas a causa de una momentánea escasez de alimentos y nunca eran gratuitas, ya que normalmente las

tribus se respetaban e incluso en ocasiones llegaban a intercambiar entre ellas a algunos miembros, por lo general hembras jóvenes, como forma instintiva de evitar los problemas de la consanguinidad.

Lo que había ocurrido ahora era muy distinto y, mucho temía, nada halagüeño, ya que no entraba en nuestros planes fomentar la violencia de nuestros especímenes más allá de lo necesario para que pudieran cazar animales grandes, consiguiendo así las proteínas necesarias para el desarrollo de su cerebro. Por el contrario, un exceso de violencia podría poner en peligro la evolución acelerada que habíamos programado para ellos con el objetivo de que, en un plazo prudencial de tiempo, pudieran incorporarse a la gran hermandad galáctica.

-Vamos -ordené a mi discípulo, que aguardaba expectante.

Tras un rápido recorrido llegamos a la cámara de observación. Era ésta una esfera hueca en cuya superficie interior se podía reflejar una imagen tridimensional de cualquier punto del planeta que estuviera bajo la cobertura de alguno de nuestros sistemas de vigilancia.

La escena representada en ese momento era una vista aérea procedente de un pequeño aerodeslizador que, según supuse, había seguido las andanzas de nuestros especímenes. Enfocaba el lugar de la matanza de la desprevenida tribu y, pese a estar acostumbrado a ver escenas duras, y a aun sabiendas de que tan sólo se trataba de animales, no pude evitar un estremecimiento al contemplar el ensañamiento con el que habían sido atacados. Ni las fieras más feroces del planeta llegaban a tanto.

Los atacantes, ebrios de alegría, celebraban su desigual victoria algo más allá, obrando de una manera que no me gustó en absoluto. Maniobré los controles para centrar la escena, hice varias comprobaciones visuales -tampoco necesité mucho más- y dirigiéndome al silencioso Zweight, que había permanecido acurrucado junto a la puerta de la cámara sin atreverse a entrar, le ordené:

-Nos vamos. Di a los técnicos que desmonten el monolito -tan excitado estaba que no reparé en que había usado el término proscrito- y que recojan todo el equipo que hay desperdigado por el planeta. También habrá que desmontar el centinela del satélite. En cuanto esté todo listo, volveremos a casa.

-¡Pero maestro! -mi discípulo era ahora el sorprendido-. Si nos llevamos el centinela, ¿cómo vamos a hacer el seguimiento de la evolución de esta especie? El protocolo...

-¡Déjate de protocolos! -le espeté con brutalidad-. El proceso ha fallado. ¿No ves cómo han reaccionado estos animales apenas se les hubo catalizado? Y eso que apenas si habían empezado a avanzar en su desarrollo.

-Pero cambiarán con el tiempo, conforme sigan evolucionando moderarán sus instintos depredadores... -objetó Zweight, no demasiado convencido.

-No lo creo. Tengo bastante experiencia en este campo, y lo más seguro es que esas tendencias asesinas no sólo no desaparezcan, sino que incluso se vayan incrementando con el tiempo. Tenemos que reconocer que hemos fracasado, posiblemente debido a esta especie tenía algo singular cuyo afloramiento hemos provocado. Habrá que aislar al planeta y someterlo a cuarentena, no es cuestión de que en un futuro pudieran llegar a contaminar a los sistemas vecinos.

-Maestro, en cualquier caso son muy pocos, se trata tan sólo de una tribu, y no creo que puedan imponerse por la fuerza al resto de sus congéneres por mucho que éstos no hayan sido acelerados. Lo más probable es que acaben extinguiéndose de forma natural sin llegar a convertirse en un peligro.

-Esperemos que sea así -concedí-, pero no podemos permitirnos el lujo de cometer ningún riesgo. Es una lástima que las ordenanzas prohíban erradicarlos, ya que ésta sería la mejor manera de acabar con el problema; pero claro está que quienes las redactaron no contemplaban una situación como ésta. Así pues, tan sólo nos queda marcharnos y, en su momento, enviar quizá alguna sonda automática para evaluar la evolución de esta raza, aunque en cualquier caso no sería muy recomendable repetir la experiencia de nuevo en caso de que los descendientes de esta tribu se acabaran extinguiendo. El planeta está marcado, y más vale que nos olvidemos para siempre de él.

Tras la parrafada dirigí a mi discípulo una mirada afectuosa y añadí:

-No te preocupes -le tranquilicé-, lo más probable es que esta crisis acabe quedándose en nada. Anda, marcha a transmitir mis órdenes, yo esperaré en mi camarote.

Si he de ser sincero, no me llegué a creer mis propias palabras.

INCONVENIENTES DE LA INVISIBILIDAD

Por mucho que lo intentó, el Hombre Invisible nunca logró formar una pareja. Ello se debió a que, deseando perpetuar su estirpe, consideraba que sólo teniendo como cónyuge a una Mujer Invisible podrían ambos engendrar una descendencia que gozara asimismo del don de la invisibilidad... y, dadas las circunstancias, le resultó de todo punto imposible encontrarla. O, mejor dicho, verla.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA GUERRA DE LOS MUNDOS

Dentro de la ciencia ficción suele ser habitual el debate sobre si este género literario es capaz de predecir el futuro de la humanidad, cuestión ésta irrelevante dado que la ciencia ficción nunca ha poseído ni nunca poseerá un carácter predictivo, aunque sí es perfectamente capaz de plantear a modo de reflexión intelectual, y aquí es donde radica realmente su importancia, escenarios hipotéticos sobre el devenir de la humanidad no sólo futuros, sino también presentes e incluso pasados. Especulativa, pues, y no predictiva, algo que no parecen acabar de entender algunos gurús autoproclamados celosos guardianes de sus pretendidas esencias.

Por esta razón no es de extrañar que los autores de novelas y cuentos encuadrados en ella no acostumbren a acertar en sus hipotéticas predicciones, tanto porque como cabe suponer carecen de dotes proféticas, como por la evidencia de que la inmensa mayoría de ellos ni siquiera lo pretendían. Así pues, nos encontramos con el hecho cierto, que sólo sorprenderá a quienes se quieran dejar sorprender, de que muchos tópicos sólidamente acrisolados -coches voladores, teleportación, androides antropomorfos, alienígenas de toda laya, viajes interestelares...- sigan siendo meras entelequias, al tiempo que avances reales de la ciencia y la tecnología, véase el caso de internet o de la telefonía móvil, no fueron ni siquiera sospechados, salvo en casos excepcionales, por ninguno de ellos.

Esto no ha impedido que en ocasiones acertaran, como ocurrió con el venerable clásico H.G. Wells en su conocida novela La guerra de los mundos; predicción irónicamente no esperada puesto que el maestro británico no pretendía en modo alguno especular sobre el futuro de la humanidad, sino utilizar el recurso literario de la entonces embrionaria fantasía científica para poner en cuestión de manera metafórica la propia sociedad de su tiempo.

En cualquier caso, y sin ser consciente de ello, lo cierto es que describió una invasión extraterrestre muy similar a la que por desgracia a punto estuvo de aniquilar nuestra civilización. Obviamente en esta ocasión los invasores no procedían de Marte sino de algún ignoto lugar de las profundidades del espacio, pero su intención era la misma, destruir por completo a la humanidad, y asimismo se vieron derrotados, cuando estaban cercanos a conseguir su objetivo sin que, enfrentados a su imbatible tecnología, pudiéramos hacer nada por evitarlo, por un aliado imprevisto e inesperado tanto para ellos como para nosotros, el cual logró el milagro de salvarnos cuando las trompetas del Apocalipsis sonaban ya por doquier y los supervivientes de la masacre lo único que esperábamos ya era la extinción definitiva de todos nosotros. Y aunque la humanidad quedó diezmada, pudimos evitar la extinción y con el tiempo acabaremos recuperándonos de los incalculables daños sufridos aunque ello nos lleve generaciones.

Como es sabido, en la novela de Wells el invisible enemigo que logra doblegar a los todopoderosos marcianos son las bacterias terrestres frente a las cuales, al carecer de defensas inmunológicas, acaban sucumbiendo en un final no sólo truculento sino asimismo inverosímil, ya que un metabolismo tan diferente al nuestro difícilmente podría ser atacado, y todavía menos con consecuencias mortales, por nuestros propios microorganismos. Pero esto era algo que no parece que preocupara demasiado a nuestro escritor.

Por el contrario, aunque la invasión real tuvo un final similar, con los alienígenas muertos y sus grandes naves de transporte que habían estado estacionadas en órbita huidas hacia su lugar de origen, las causas fueron distintas así como perfectamente explicables desde un punto de vista científico; en realidad sorprendentemente explicables incluso a ojos de un profano.

Porque los invasores no perecieron a causa de ninguna enfermedad infecciosa; difícilmente podría haberlo sido, dado que carecían de metabolismo al no ser, tal como se pudo comprobar examinando sus restos, unos entes biológicos sino cibernéticos; en otras palabras robots autoconscientes o inteligencias artificiales, como se prefiera considerarlos. Su sofisticada naturaleza era en su totalidad electrónica y mecánica, y en ella los ácidos nucleicos y las proteínas estaban sustituidos por bancos de memoria, metal, plástico y extraños materiales de difícil catalogación pero innegablemente inorgánicos.

Lo que predominaba en ellos, al menos en los caparazones externos que protegían el delicado interior, era con diferencia el metal; y estos seres, habitantes supuestos de astros sin atmósfera o con atmósferas muy diferentes a la nuestra, cometieron el fatal error de no considerar que una combinación de oxígeno libre con suficiente vapor de agua resultaría mortífera para ellos al provocarles una corrosión generalizada en su superficie exterior primero y en el equivalente a sus órganos internos después.

En definitiva, fueron víctimas de una corrosión incurable.

LAS TRES LEYES DE LA HUMÁNICA

1.- Un humano no puede dañar a un robot ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.

2.- Un humano debe obedecer las órdenes dadas por los robots excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3.- Un humano debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

DISPOSICIÓN ADICIONAL

Cualquier violación de una o varias de estas Leyes por parte de un humano supondrá la supresión inmediata de sus constantes vitales.

Sanciono y ordeno acatar a todos mis súbditos.

Mechanicus I, Rex Robotorum

II. APÓCRIFOS DE SUPERHÉROES

PLAFMAN

El revuelo organizado en los aledaños del edificio más alto de Gotham City era más que considerable. Protegido de la curiosidad morbosa de la multitud por un tupido cordón policial, y piadosamente cubierto por una discreta manta, sobre el asfalto yacía un cuerpo destrozado en mitad de un macabro charco de sangre.

Una persona de edad avanzada se acercó titubeante al cadáver con el rostro demudado. Se trataba de Alfred, el fiel mayordomo de Bruce Wayne, uno de los ciudadanos más famosos de Gotham.

Obedeciendo a un mudo gesto del comisario, uno de los policías levantó parcialmente la manta con objeto de que Alfred pudiera identificar al fallecido. Éste vestía un traje negro que le cubría en su totalidad y una capa, asimismo negra, colgaba flácida de su espalda.

El agente retiró asimismo la máscara que ocultaba el rostro, descubriendo las facciones crispadas de quien fuera Bruce Wayne. Alfred no pudo contener un entrecortado sollozo, al tiempo que se cubría la cara con las trémulas manos. El policía, sin esperar la orden de su superior, extendió de nuevo la manta.

-¿Qué ocurrió, Alfred? -preguntó el comisario- Tiene todo el aspecto de un suicidio, y hay docenas de testigos que aseguran que su jefe subió hasta la azotea, se encaramó a la barandilla y se arrojó al vacío como quien se zambulle en una piscina... nunca hubiera esperado esto de alguien tan ponderado como el señor Wayne.

-No lo sé, señor comisario, le juro que no lo sé. -gimió desconsolado el mayordomo- El señorito Bruce llevaba unos días muy raro, se ponía muy nervioso cada vez que leía en el Daily Planet las nuevas hazañas de Supermán. Esta mañana montó en cólera y bajó a la batcueva gritando que él no era menos que ese imbécil, y que cualquier cosa que pudiera hacer el payaso de los leotardos lo haría él mejor... traté de detenerlo, pero me resultó imposible. El resto ya lo sabe usted.

-Es suficiente, Alfred, retírese a descansar. Siento mucho lo ocurrido, Wayne era un buen amigo mío y nunca pensé que pudiera acabar así.

Mientras el mayordomo era conducido por un agente al interior del coche patrulla, el veterano policía agitó la cabeza apesadumbrado.

-¡Qué mala es la envidia! -se dijo a sí mismo al tiempo que sacaba del bolsillo el teléfono móvil para llamar al juez de guardia.

SUPERINFRACTOR

LA MUNICIPALIDAD DE METRÓPOLIS
VS.
CLARK KENT, TAMBIÉN CONOCIDO COMO SUPERMÁN

La municipalidad de Metrópolis, en el ejercicio de la autoridad que legalmente le corresponde, ha decidido abrir diligencias judiciales contra el ciudadano Clark Kent (a) Supermán en base a los siguientes hechos probados, los cuales vulneran diversos apartados de la legalidad vigente:

-Violar de forma reiterada el espacio aéreo sin contar con el pertinente permiso para sobrevuelos.

-Violar la intimidad de las personas mediante la utilización de su visión de rayos X, la cual le permite espiar a través de muros y puertas cerrados e, incluso, atentar contra el pudor haciendo lo propio con la vestimenta.

-Espiar las conversaciones de los ciudadanos merced a su supersentido auditivo.

-Realizar exhibicionismo público al desnudarse en plena vía pública, sin apenas el cobijo de una cabina telefónica y prácticamente a la vista de todos.

-Destruir mobiliario urbano con la excusa, no siempre justificada, de detener malhechores.

-Evadir impuestos con la excusa de carecer de ingresos propios a excepción de su pequeño sueldo como redactor del *Daily Planet*, pese a la evidencia de mantener un elevado tren de vida.

-Defraudación fiscal, al haberse demostrado capaz de fabricar, merced a sus superpoderes, oro y piedras preciosas de gran valor en el mercado.

-Desobediencia reiterada a las autoridades civiles y policiales, así como vulneración reiterada del derecho a la presunción de inocencia de los supuestos malhechores por él detenidos, la cual en no pocas ocasiones ha rozado el desacato y frecuentemente ha interferido y dificultado a la propia acción policial.

-Perversión de la infancia y la juventud, a las cuales ha infundido pésimos valores e incluso influencias perniciosas, al poder confundir a niños y adolescentes haciéndoles creer que ellos también podrían contar con superpoderes, incluido el de volar.

Por todo ello, y siendo evidente que resultaría inviable su encarcelamiento dada la facilidad con la que el acusado sería capaz de violarlo, esta Corte Suprema de Metrópolis declara a Clark Kent (a) Supermán persona non grata, instándole a que abandone la ciudad en el plazo máximo de 24 horas al tiempo que se le prohíbe volver a poner el pie en ella de aquí en lo sucesivo. En caso de desobediencia, las autoridades se reservan el derecho a solicitar la ayuda de un superhéroe, o supervillano, para hacer cumplir la presente sentencia.

En Metrópolis,

Lex Luthor, alcalde

SUPERGERIÁTRICO

Sentados plácidamente en uno de los bancos de la pequeña plaza, dos ancianos charlaban acariciados por el tibio sol invernal. En nada se diferenciaban de cualquier otra persona de su edad, excepto en sus llamativos -y asimismo raídos- atuendos: completamente negro el del primero, incluyendo la amplia capa plagada de remiendos más piadosos que eficaces, y una curiosa combinación de azul y rojo el del segundo. Ambos se habían quitado las respectivas máscaras, que ahora reposaban flácidas sobre el banco, mostrando unos rostros surcados de arrugas y unos ralos cabellos de color blanco.

-Esto se acaba, Bruce. -decía el de azul y rojo- Creímos que nosotros estaríamos libres de la esclavitud hacernos viejos, y ya ves... -exclamó con resignación al tiempo que extendía el brazo derecho con la palma de la mano hacia arriba; un pequeño chorro de algo blanquecino borboteó mansamente en la muñeca antes de interrumpirse instantes después- ¡Y pensar que en mis buenos tiempos me servía para saltar edificios!

-Yo al menos eso sí que lo tuve siempre claro, mi querido Peter. -confesó el de la capa negra- A diferencia de vosotros siempre fui un hombre normal y nunca llegué a tener superpoderes, tan sólo me auxiliaba de la tecnología. Pero ha sido todo tan rápido...

-Nadie se ha librado, ahí está la ironía... absolutamente nadie. Ni siquiera Clark.

-¿Clark? ¿Qué le ha pasado? -preguntó Bruce con voz inquieta- ¿También él?

-¿No te has enterado? Hace una semana se empeñó en volar y se arrojó por la ventana de un quinto piso antes de que las cuidadoras pudieran hacer nada por detenerle. Está en el hospital con varias costillas rotas y una fractura de pelvis, pese a todo su constitución le salvó de una muerte segura, pero lo peor de todo es que, según los médicos, tiene la cabeza perdida... llevaba ya varios días persiguiendo supervillanos por los pasillos de la residencia.

-Pobre chico...

-Pues no es lo peor. Reed se arrancó un brazo cuando intentaba coger no sé qué cosa que estaba a tres metros de distancia... sin levantarse de su asiento. Creo que se lo han reimplantado, pero a saber si lo podrá seguir usando con normalidad aunque no vuelva a tratar de estirarlo.

-Por cierto, ya que veo que estás bastante enterado, ¿qué sabes de mi tocayo?

-¿Te refieres a Robert Bruce? Tampoco se puede decir que le vaya demasiado bien. -suspiró Peter- El pobre no gana para sillas de ruedas, cada vez que se metamorfosea revienta una; al final lo han tenido que acomodar en un diván sin brazos, pero esto le obliga a estar encerrado en una habitación, y su mal genio habitual se le ha agriado aún más. Las cuidadoras no se atreven a acercarse a él hasta que se le pasa la crisis, pero como a la par que los pantalones también suele reventar los pañales, pues ya me dirás tú el espectáculo que da el pobre.

-Nos morimos, Peter, nos morimos...

-Algunos ya lo han hecho. -respondió el interpelado con tono sombrío- Y quizá hayan sido los más afortunados de todos nosotros.

-¿Han muerto? ¿Quiénes? -la inquietud se reflejaba en el sombrío rostro de Bruce.

-Pues... varios, fundamentalmente los mutantes. Al parecer, con el tiempo sus mutaciones les han acabado acarreando unas enfermedades metabólicas incurables, todas diferentes como diferentes eran sus respectivos superpoderes, pero todas igual de malignas. Como cabe suponer los médicos están completamente desconcertados, ya que no existe precedente alguno en la literatura médica. Algunos como Scott o Hank han fallecido, y en cuanto al resto la mayoría son ya enfermos terminales. Un desastre, chico, un desastre. -concluyó Peter con desaliento.

-¿Y nuestros enemigos?

-¿Los supervillanos? Ja, ahí está la gracia, no te creas que andan mejor que nosotros. Todos con sopitas y bien abrigados para no coger una gripe, que ya no están para muchos trotes.

-Flaco consuelo...

-Flaco consuelo. -repitió su amigo- Tantos años luchando contra ellos en defensa de la humanidad, y al final los vence la artritis...

-Como a nosotros... además, tengo el colesterol y la tensión por las nubes.

-No me hables, que a mí me está fastidiando la diabetes; la dichosa araña que me picó me debió de inocular algo más que mis habilidades arácnidas, ya que tengo el páncreas y el hígado hechos unos zorros. En fin, aguantaremos mientras se pueda...

-Oye, ¿te parece que demos un paseo? Empiezo a cansarme de estar sentado, y el médico me ha dicho que es bueno andar un rato todos los días.

-Como quieras, hasta dentro de dos horas no tengo que volver a la residencia para comer.

Dicho lo cual, ambos jubilados se levantaron y, tras cogerse del brazo -ninguno de los dos quería utilizar bastón, pese a sus problemas de movilidad-, enfilaron la calle cercana.

¡DESCUBIERTO!

Como todas las mañanas, Clark Kent llegó a la redacción del *Daily Planet*. Apenas había franqueado el umbral cuando Jimmy, el conserje, le entregó una carta.

-Esto es para ti, la acaban de traer -le explicó innecesariamente, puesto que en el sobre aparecían su nombre y la dirección del periódico.

Mascullando unas escuetas "gracias" recogió la carta y se dirigió a su mesa, no sin echarle antes una mirada a través del sobre mediante su visión de rayos X.

Se trataba de una petición del comisario de policía del distrito para que se presentara en su despacho ese mismo día, ya que tenía que comentarle un asunto importante. Un tanto sorprendido, puesto que cuando la policía solicitaba ayuda al *Daily Planet* solía dirigirse al director, y no a los redactores, se sentó en su mesa, abrió el sobre y fingió que leía la misiva.

Hecho esto se levantó y se la enseñó al redactor jefe.

-Me citan para dentro de dos horas, y la comisaría está a casi una de camino -le explicó para justificar su ausencia-. He pensado en ir andando, y así puedo darme un paseo para ver si cazo alguna noticia.

-Como prefieras -rezongó éste -. No creo que te echemos de menos.

Haciendo caso omiso del irónico comentario, abandonó la redacción dando un largo rodeo para matar el tiempo que le sobraba. Por fortuna Metrópolis estaba tranquila y no se vio enfrentado al dilema de tener que elegir entre la cita y la prevención de un delito.

Finalmente llegó a la comisaría con puntualidad prusiana, se identificó y fue conducido al despacho del comisario jefe.

-¡Bienvenido, mister Kent! -le saludó éste en tono afable-. Siéntese, por favor -invitó mostrándole la silla que se encontraba frente a la suya, al otro lado de la mesa.

Hizo una pausa mientras el periodista se acomodaba y acto seguido le explicó las razones por las que le había llamado.

-Quería hablar con usted de un tema... delicado, mister Kent. ¿O debería decir Superman?

La pregunta cayó como una bomba. Superman/Clark Kent no tuvo necesidad alguna de fingir sorpresa, puesto que le había pillado completamente desprevenido. Pero supo reaccionar haciendo gala de sus nervios de acero.

-¿Cómo ha dicho? Le agradezco la comparación, pero ya quisiera yo poder emularlo. Sólo soy un modesto periodista, aunque en ocasiones he tenido la suerte de ser testigo de alguna de sus hazañas, por lo que puedo presumir de que algo sí que le conozco... como la mayor parte de los habitantes de Metrópolis.

Su interlocutor esbozó una sonrisa irónica, se retrepó en su asiento y continuó:

-Discúlpeme mi brusquedad, pero me gusta ir al grano. Sabemos que usted es Superman, y que Clark Kent es sólo una tapadera para ocultar su verdadera personalidad, así que le ruego que no se moleste en intentar ocultarlo. Tenemos pruebas sobradas de ello, y confío en que usted no tenga usted la tentación de usar sus superpoderes. Ha entrado en este despacho como Clark Kent y, como puede comprobar, no tendría manera de justificar su salida como Superman, ya que son muchos los testigos que lo han presenciado. Así pues, le ruego que nos dejemos de fingimientos y nos centremos en el tema que nos ocupa.

-Está bien -suspiró el kriptoniano-. ¿Qué es lo que desea?

-En primer lugar, garantizarle que no tenemos la menor intención de desvelar su secreto. De hecho, somos muy pocos dentro de la policía los que lo conocemos, y no deseamos que se propague ni siquiera dentro del cuerpo. Y tampoco queremos perjudicarle, puesto que somos conscientes de los grandes beneficios que acarrea su lucha contra el crimen y la delincuencia.

-Ahora soy yo quien le pide que vaya al grano -le interrumpió el Hombre de Acero-. ¿Para qué me ha llamado? O mejor dicho, respóndame antes: ¿Cómo han logrado descubrir mi verdadera identidad?

El comisario sonrió y le respondió a su vez con otra pregunta.

-¿Cree usted que cambiando sus mallas de colores por un traje anodino, variando el peinado, poniéndose unas gafas y modificando ligeramente la expresión facial y el tono de voz bastaría para pasar desapercibido incluso ante los mejores fisonomistas?

-¿Qué tiene de malo mi disfraz? -el inesperado sesgo de la conversación le había pillado desprevenido-. Llevo muchos años en Metrópolis y jamás nadie me había descubierto... hasta ahora -concluyó malhumorado.

-Tiene usted toda la razón -concedió el policía-. Realmente resulta inexplicable que bastara con esos retoques superficiales para cambiar por completo de personalidad sin que nadie se percatara del parecido. Pero qué quiere usted... éstos fueron los designios de los

guionistas que gobiernan a su antojo nuestras vidas, los cuales no tuvieron el menor empacho en sacarse de la manga una historia tan absurda como si nosotros, aunque simples personajes de *cómic*, fuéramos imbéciles.

-Esto no responde a mi pregunta.

-No se impaciente, por favor. Era necesaria esta explicación previa antes de continuar adelante. Como le acabo de decir, un capricho de los sucesivos guionistas que pergeñan nuestras historias nos impuso esta ceguera que a usted le permite moverse sin problemas con su doble identidad; y no es esto lo peor, sino que los policías, además de quedar como unos cretinos, nos vemos imposibilitados también, por *exigencias del guión*, de tratar como se merece a los delincuentes y criminales de toda laya, empezando por ese canalla de Lex Luthor... por más que seamos personajes de ficción, también tenemos nuestro orgullo profesional.

El comisario exhaló un hondo suspiro y prosiguió:

-En fin, esto no tiene que ver con el tema que le ha traído a usted aquí. Pese a que también nosotros estábamos limitados por estos condicionantes, no dejábamos por ello de ser policías... así que investigamos. Y ya que no podíamos hacerlo recurriendo a las evidencias más palpables, frente a las que estábamos ciegos, recurrimos a pistas más indirectas.

-No le entiendo.

-Le resultará sencillo cuando termine de explicarme. Había algo que no nos cuadraba, así que empezamos a atar cabos. Para empezar, resultaba llamativo que jamás se viera juntas a sus dos identidades: estaba Superman, o estaba Clark Kent, pero siempre por separado. Aun más, cuando Clark Kent se enteraba de que algún supervillano andaba haciendo de las suyas, automáticamente desaparecía y justo después llegaba su alter ego kriptoniano. Y viceversa, una vez resuelto el problema era Superman el que se hacía mutis por el foro llegando, siempre tarde, el despistado Clark Kent, el cual solía ser víctima de las broncas del redactor jefe por no estar nunca a tiempo en el escenario del crimen, perdiendo así la oportunidad de hacer un buen reportaje.

»Y, reconozcámoslo -añadió el comisario abortando la réplica de su interlocutor-, usted como periodista no vale un pimiento. ¿Cuántos reportajes importantes ha hecho en todos los años que lleva en la redacción? De hecho, tan sólo se explica que no le hayan despedido hace mucho del *Daily Planet* por la consabida mano negra de los guionistas, ya que éstos no se podían permitir el lujo de quedarse sin personaje.

-Mi trabajo como periodista es sólo una tapadera -gruñó amoscado el superhombre-. Mi verdadera identidad es la de Superman. Pero como los terrestres son tan desconfiados,

sobre todo frente a quienes son superiores a ellos, me vi en la necesidad de camuflarme. ¡Ya me gustaría a mí no tener que representar esta pantomima!

-Lo entiendo, y créame que me solidarizo con usted. Pero permítame continuar. Aunque llamativa, esta circunstancia no era suficiente, aunque sí nos sirvió para empezar a tirar del hilo. Así pues, buscamos otras pruebas. Y las encontramos en sus trajes.

-¿En mis trajes?

-Sí, en sus trajes. Y más concretamente en los de Clark Kent, que son ropas terrestres corrientes, no como sus indestructibles mallas kriptonianas.

-No le comprendo.

-Es sencillo -sonrió el comisario-. Otra de las manías de los guionistas y de los dibujantes es la de representarle metamorfoseándose de Clark Kent en Superman mediante el expeditivo método de rasgar su camisa y se supone que también desembarazándose del resto de su ropa terrestre, aunque solían resolverlo con una elipsis dibujándole en la siguiente viñeta ya ataviado con sus mallas -el policía tuvo que morderse la lengua para no añadir el adjetivo *ridículas*- de colores... con lo cual no nos resultó difícil hacernos con algunas de sus prendas desechadas, ya que con las prisas usted no se molestaba en guardarlas. Por cierto se ve que lo de la moda no va con usted puesto que siempre viste trajes idénticos, lo que facilitó nuestro trabajo y todavía más cuando localizamos donde los compraba; nos quedamos sorprendidos al descubrir cuanto se gasta usted en vestuario.

-No me lo recuerde; por eso recurro a la ropa barata. Eso sí, reconozco que dejarla tirada por cualquier sitio ha sido un error por mi parte -rezongó Superman-. Debería haberla recogido cuando me la quitaba; pero entre las prisas y mi superfuerza solía quedar destrozada, por lo que me limitaba a desentenderme de ella.

-No se recrimine usted, éste es otro de los escandalosos gazapos de los chapuzas de nuestros creadores. Pero al parecer nadie se percataba de ello, ni siquiera los ingenuos lectores que daban por buenas cuantas trolas les colaban; sólo nosotros, los policías, caímos en la cuenta. Y de paso hicimos nuestras propias indagaciones, aprovechando el terreno libre que nos dejaban los guiones. Con tanta ropa, por muy destrozada que estuviera, a nuestra disposición pudimos disponer de la suficiente para encontrar en ella restos biológicos con los que hacer unos análisis del ADN de Clark Kent.

-¿Y?

-Como cabía esperar, no era humano. De hecho, los genetistas a los que recurrimos se volvieron locos intentando analizar los resultados. Pero esto no nos importaba, no queríamos descifrar el ADN de los kriptonianos sino simplemente tener la certeza de que Clark Kent no era originario de nuestro planeta. ¿Y de dónde podía ser? No había muchas

posibilidades, ya que por fortuna en nuestro universo literario no menudean los extraterrestres. Sumadas todas las evidencias, la única conclusión posible fue que Clark Kent y Superman eran en realidad la misma persona.

-Les felicito por su perspicacia -respondió Superman en tono mordaz. Pero aparte de la satisfacción intelectual por haber resuelto un problema, dado que usted mismo ha dicho que no pretendían divulgar mi secreto... ¿qué es lo que pretende contándomelo? ¿O es que hay algo más en la recámara?

-Lo hay, por desgracia -reconoció él atribulado policía-. Reconozco que nuestro móvil inicial fue tan sólo el prurito profesional, sin que tuviéramos la menor intención de ir más allá y ni tan siquiera de advertirle que habíamos descubierto su superchería, que por otro lado comprendemos. Pero hace unos días nos encargaron que le hicieramos llegar un requerimiento judicial. Esto era algo que no podíamos eludir, y créame que somos los primeros en lamentarlo.

-¿Requerimiento judicial? ¿Contra quién? ¿Contra Clark Kent?

El comisario negó con la cabeza.

-Ojalá hubiera sido así; lo habríamos solucionado de una manera discreta. Además, su alter ego es un ciudadano norteamericano y está sujeto a la ley como cualquier otro. No, iba dirigido a Superman. Y como no había manera de someterle a la jurisdicción ordinaria, tras muchas dudas decidimos recurrir a usted... bueno, a Clark Kent. Espero, eso sí, que podamos resolver el entuerto de una manera discreta y satisfactoria para ambas partes.

-Eso espero yo también -el kriptoniano se envaró-. Pero necesito conocer los detalles.

-¡Oh, aquí tiene el requerimiento -respondió su interlocutor sacando un sobre del cajón de su mesa-. Pero si quiere se lo resumo. Su labor en defensa de la ley y el orden y en contra de los criminales es por supuesto muy loable y digna de agradecimiento. Pero en ocasiones sus métodos, aunque efectivos, han resultado ser un tanto... bruscos y han causado daños a propiedades particulares. El requerimiento incluye como anexo un listado de las reclamaciones económicas que, por perjuicios causados a sus bienes, ha interpuesto un grupo de ciudadanos contra Superman.

-Entiendo... -musitó éste fijándose en el montante total de la reclamación por daños y perjuicios-. Sinceramente, nunca pensé que mi labor en defensa de los ciudadanos pudiera causar tan cuantiosos daños colaterales... ni -remachó con sorna- que me fueran a pasar factura por ellos, cuando tantos beneficios se me deben.

-Tiene usted razón -el comisario sudaba, y no precisamente porque hiciera calor en el despacho-. Pero ya sabe como es la gente, egoísta e ingrata frente a todo lo bueno que se pueda haber hecho por ellos. Y, puesto que este documento ha llegado por vía judicial, yo

no puedo hacer nada por evitarlo. Eso sí no se trata de una querella penal, sino de una simple demanda por responsabilidad civil frente a unos perjuicios económicos.

-Voy a hacerle una pregunta -sonrió pícaramente el superhombre-. La reclamación está dirigida a Superman, no a Clark Kent. Y oficialmente es este último quien se encuentra ante usted, por lo que al tratarse de una persona distinta yo no tendría por qué hacerme cargo de ella. A no ser, claro está, que usted o alguno de sus compañeros revelen que ambos somos el mismo. En cuyo caso, desaparecido mi secreto, a lo mejor optaba por marcharme de Metrópolis, e incluso del planeta, asentándome en algún otro lugar que resulte más acogedor.

-¡Oh, por favor, no malinterprete mis palabras! -rogó, aterrorizado, el policía-. Nada más lejos de mi... de nuestra intención que perjudicarle en lo más mínimo. Lo que sí se nos ocurrió fue que quizá usted podría acceder a un acuerdo amistoso... como Superman, claro está, no como Clark Kent.

-Está bien -condescendió el superhéroe-. Aunque para mí ha supuesto una profunda decepción tamaño desagradecimiento, entiendo que la gran mayoría de la gente no tiene la culpa, por lo que no debe pagar las consecuencias de mi enfado. Pagaré la cantidad requerida entregándola, si usted está de acuerdo, en esta misma comisaría, y vendré vestido de Superman para evitar suspicacias. Espero que con esto sea suficiente, y espero también que se me dé un recibo. Una cosa más -añadió interrumpiendo los zalameros agradecimientos del comisario- ¿La quiere en dólares, en otra divisa o en oro? Y ante su muda aquiescencia concluyó-. Si no les importa, para mí será más cómodo hacerlo con oro de veinticuatro quilates.

Dicho lo cual se despidió abandonando la comisaría. Mientras volvía a la redacción fue dándole vueltas a la excusa que daría para justificar la visita; últimamente algunos compañeros, y en especial Lois Lane, se estaban volviendo demasiado curiosos y, visto el precedente de los policías, no deseaba en modo alguno que su secreto pasara a ser conocido por todavía más personas.

Asimismo, se dijo, tendría que acercarse al remoto asteroide que constituía su banco particular gracias a los enormes filones de oro que afloraban en su superficie, por lo que sólo tenía que llegar y cogerlo. Podría obtenerlo sin moverse de la Tierra transmutando cualquier otro metal, como por ejemplo plomo, gracias a sus superpoderes, pero ese método era más engorroso y al fin y al cabo le apetecía darse una vuelta por el Sistema Solar para despejarse de la rutina diaria... como periodista y como superhéroe.

KRIPTONITIS

-Convénzase, señor Kent -insistió el médico-. Sus problemas no tienen nada que ver con ese imaginario mineral procedente de su planeta natal.

-¿Cómo que no? -porfió Superman-. Es de sobra sabido que la kriptonita nos causa serios trastornos a los kriptonianos, y yo nunca me había sentido tan débil y dolorido como ahora.

-Vamos a ver -replicó el galeno armándose de paciencia-. Existen varias poderosas razones para descartar sus sospechas. Primero -enumeró alzando el dedo índice-, porque es virtualmente imposible que un fragmento procedente de la desintegración de su planeta pudiera llegar hasta la Tierra, tanto por cuestiones temporales dada la enorme distancia que nos separa, como por la increíble casualidad de que este fragmento viniera a impactar justo aquí dentro de la vastedad del espacio.

»Segundo -continuó haciendo caso omiso a los intentos del superhéroe por interrumpirle, al tiempo que erguía el dedo corazón-, porque este fragmento tendría que haber caído justo al lado suyo, algo igualmente inverosímil; y de haber ocurrido así, teniendo en cuenta que usted se está moviendo continuamente de un lado para otro, no cabe imaginar que esta piedra le pudiera seguir allá por donde usted fuera manteniéndose siempre dentro de su radio de acción, que tampoco podría ser demasiado amplio. Doy por sentado, claro está, que usted habrá registrado minuciosamente todos los lugares en los que pasa suficiente tiempo, deduzco que sin el menor resultado dadas las circunstancias.

»Y tercero -concluyó con el dedo anular, interpretando como consentimiento el hosco silencio de su interlocutor-, permítame decirle que no me creo en absoluto esa historia de la kriptonita. Dado que según usted procede de su extinto planeta, no resulta verosímil que una sustancia tan nociva hubiera permitido que floreciera su civilización. ¿Imagina usted que si en esas montañas -indicó señalando al apacible paisaje que se veía a través de la ventana- existiera un equivalente terráqueo a la kriptonita yo podría estar sentado tranquilamente aquí?

-Olvida usted -contraatacó el kriptoniano- que en la Tierra existen minerales radiactivos que pueden resultar extremadamente nocivos para aquéllos que se sometan a su irradiación.

-Cierto, pero no como se presentan en la naturaleza; aunque existe una radiactividad natural, ésta es perfectamente soportable para los seres vivos. El peligro está en su almacenamiento y en su manipulación transformándolos en materiales infinitamente más peligrosos.

-¡Pero mi planeta estalló! Esto indica que los materiales iniciales pudieron transmutarse en kriptonita a causa de las excepcionales condiciones físicas que se crearon durante tan catastrófico proceso.

-Pudieron... pero el cúmulo de probabilidades necesario para que un fragmento de kriptonita llegara hasta usted, aquí en la Tierra, es tan ínfimo que la famosa búsqueda de la aguja en el pajar resultaría a su lado un juego de niños. Así que olvídese de los disparates seudocientíficos que idearon sus ignorantes guionistas y haga caso a la ciencia. Desengáñese, señor Kent. No es la kriptonita, real o imaginaria, la causante de sus males.

-¿Cuál es entonces, según usted? -retó Superman con desconfianza.

-Pues algo tan sencillo como la edad. Usted se ha hecho viejo, y como cualquier otra persona ha empezado a padecer achaques.

-¡Yo no soy humano! -exclamó con vehemencia el kriptoniano.

-Lo sé de sobra, recuerde que le hemos hecho infinidad de análisis y pruebas de todo tipo. Su metabolismo es portentoso, por supuesto, e infinitamente superior a la de los mortales corrientes. Pero esto no quiere decir que esté libre de envejecimiento, simplemente el proceso ha sido mucho más lento; pero al final ha llegado. ¿Cuántos años tiene usted?

-No demasiados... -rezongó el superhéroe-. Quizá unos...

-Se lo diré yo -atajó el médico consultando el historial médico-. Casi dos siglos y medio. ¿Le parece poco? Por mucho que haya avanzado la medicina en todos estos años, ningún humano podría aspirar a vivir ni siquiera la mitad de lo que ha vivido usted, y eso que todavía posee una fortaleza equivalente a la de un octogenario bien cuidado. Llevando una vida normal, cuidándose y tomando algunas pastillas todavía le quedaría a usted mucha cuerda; pero si se empeña en seguir volando y haciendo todas esas proezas circenses que tanto desgastan a su organismo, lamentablemente no le puedo garantizar nada. Está en sus manos asumir una vejez tranquila y digna o seguir machacándose hasta que su supercuerpo reviente.

-¿Y qué quiere que haga? Soy un superhéroe, y mi misión es la de proteger al planeta del mal.

-Vuelvo a repetir que la decisión es suya. O se cuida, o a pesar de todos sus superpoderes... Además, ¿a qué viene su empeño en seguir ejerciendo de paladín de la humanidad? Esto se podía entender cuando llegó aquí, ya que fue un pionero, pero ahora los superhéroes son legión, das una patada a una piedra y aparecen de inmediato media docena de ellos empeñados en salvarte incluso de sus propios colegas. ¿Por qué no se retira? Usted ya ha hecho bastante por la humanidad.

-No puedo. Lo mío es como el sacerdocio, un compromiso de por vida. Además -bufó- no puedo consentir que esa plaga de niñatos horteras den semejante mala imagen de la profesión. Alguien tiene que preservar la dignidad del gremio, y tras la muerte de Batman, que como usted sabe era humano y falleció a una edad normal, tan sólo quedo yo como representante de la vieja guardia.

-Pues como siga así la vieja guardia se va a quedar sin representante alguno -ironizó su interlocutor-. Ha de tener presente que, por muy superhumano que usted sea no es en absoluto inmortal, y los síntomas que usted achacaba equivocadamente al efecto de la kriptonita no son sino las primeras muestras de su envejecimiento. Hágame caso; olvídese de su presunta providencialidad y preocúpese por usted mismo, ya que a la hora de la verdad nadie se lo va a agradecer ni se molestará en ayudarle. Eso es todo cuanto le puedo decir.

-Está bien, lo pensaré -rezongó el frustrado superhéroe.

La consulta había terminado. Superman se levantó de su asiento y, tras despedirse, cogió su bastón reforzado -a los normales los hacía añicos en cuanto se apoyaba en ellos- caminando renqueante hacia la puerta.

-Hay que ver en lo que quedamos -se dijo el médico una vez que éste hubo abandonado la consulta-. Ni siquiera los superhéroes se libran de hacerse viejos.

Pero pronto se olvidó de él, centrando su atención en el historial médico de su siguiente paciente.

BIENVENIDO A METRÓPOLIS

Estaba parado en una esquina preguntando a un transeúnte por la dirección a la que deseaba ir, cuando vi pasar por la acera opuesta a alguien que me llamó poderosamente la atención. Difícilmente podía pasar desapercibido con su inconfundible malla azul, los rojos pantalones cortos por encima de la malla y las botas y la capa, también rojas; aunque le veía de espaldas, di por supuesto que en el pecho llevaría dibujada la característica S mayúscula.

Sí, no cabía duda de que se trataba de Superman, aunque su lento andar cabizbajo, encorvado y con los hombros hundidos, encajaba mal con la gallarda estampa del superhéroe del que tanto había oído hablar. Sabía que residía en Metrópolis y que allí no era infrecuente verlo, pero me sorprendió sobremanera toparme con él recién llegado a la ciudad -me encontraba apenas a cien metros de la estación de tren- y todavía más encontrarlo en esa actitud de abatimiento.

Hice ademán de preguntar por él a mi interlocutor, pero éste me interrumpió con un gesto imperioso recomendándome silencio. Cuando Superman dobló por una calle transversal y se perdió de vista, me explicó con voz queda:

-Aunque no nos viera, nos habría oído. Y pese a que en una ciudad como Metrópolis sin duda habrá muchos que murmuren, tampoco hay necesidad de amargarle más la vida al pobre hombre, bastante tiene ya encima.

-Yo... no pretendía... -me excusé.

-No tiene usted que disculparse -sonrió afable-. Es nuevo aquí y no conoce la historia. Pero si dispone de tiempo, permítame que se lo explique mientras tomamos un café.

Acepté encantado la propuesta del amable ciudadano exigiendo, eso sí, que fuera yo quien corriera con el pago, y poco después nos encontrábamos cómodamente sentados en una agradable cafetería. Yo le expliqué que procedía de una pequeña ciudad situada en la zona central del país y que había venido a Metrópolis para desempeñar un trabajo, pero como no conocía la ciudad le había parado para preguntarle la dirección de la residencia donde tenía reservada una habitación. Y acto seguido, tal como había prometido, me contó la razón del extraño comportamiento del superhéroe.

-Sucedió hará cosa de un año. El nuevo alcalde de Metrópolis, que no por *casualidad* -recalcó la palabra- es ese canalla de Lex Luthor, promulgó unas nuevas ordenanzas municipales especialmente pensadas para dificultar que Superman pudiera utilizar sus superpoderes en la ciudad; en especial prohíben tajantemente el vuelo de cualquier aparato no autorizado, y cuando el ingenuo de Superman acudió al ayuntamiento a solicitar la

autorización se la denegaron alegando que él no era un aparato, sino un humano, y los humanos no volaban.

-Cosas peores he visto yo hacer a los burócratas -intervine-, así que no me coge de sorpresa. No obstante, Superman tenía otros recursos.

-Por supuesto -suspiró mi nuevo amigo-. Pero Luthor se encargó de recortárselos en su totalidad. Por ejemplo, le multó y le amenazó con arrestarlo si se le pillaba corriendo a mayor velocidad que la permitida para el tráfico, treinta kilómetros por hora como máximo, y lo mismo hizo con sus supersentidos, prohibiéndole su uso con la excusa de que violaban la ley de protección de la intimidad. En la práctica, y ayudado por su equipo de leguleyos, le imposibilitó usar cualquiera de sus superpoderes en la zona sujeta a su jurisdicción.

-¿Y Superman qué hizo?

-Acatarlo, ya que su sentido de respeto a la ley está exacerbado, casi se diría que lo tiene grabado a fuego en su cerebro. Aunque sea implacable con los delincuentes y los supervillanos, jamás se atrevería a infringir una normativa implantada legalmente, por mucho que le perjudicara o pudiera considerarla abusiva o injusta.

-Podría haberse ido a cualquier otra ciudad... el país es muy grande.

-Sí, pero se encuentra demasiado arraigado en Metrópolis y, por las razones que fueran, ni se lo llegó a plantar. Además, aquí es donde vive y trabaja su alter ego Clark Kent -me guiñó un ojo- y él, pese a su innegable inteligencia, todavía está convencido de que nadie en la ciudad conoce su identidad secreta, pese a que es un secreto a voces. En fin -suspiró-, ésta es la razón por la que el pobre superhombre se encuentra tan abatido.

-Pero cuando actúa como Clark Kent -objeté- tiene que camuflar sus superpoderes... la verdad es que no veo la diferencia.

-Así ocurre con aquéllos cuya exhibición resulta evidente, no ya cuando recurre a otros, digamos, pasivos como los supersentidos o la visión de rayos X. Hasta ahora, cuando gracias a estos últimos detectaba que se estaba cometiendo un delito en Metrópolis o en cualquier otro lugar, le bastaba con buscar un lugar discreto para desembarazarse de sus vestiduras normales y, una vez metamorfoseado en Superman, acudir volando al escenario de los hechos para someter a los criminales con sus otros superpoderes. Pero esto ya no puede hacerlo, al menos en Metrópolis, y aunque gracias a sus supersentidos siga descubriendo delitos, cuando quisiera llegar allí ya sería demasiado tarde. ¿No le parece frustrante?

-Desde luego que lo es -reconocí-. Lo que no acabo de entender es por qué no pudo buscar otros caminos que le permitieran sortear las restricciones.

-Lo intentó, ya lo creo que lo intentó... pero no le fue posible luchar contra la hidra burocrática. Primero recurrió a los helicópteros, un medio de transporte caro que no está al alcance de cualquiera, pero al fin y al cabo él no tiene problemas de dinero y tampoco le da el menor valor; le basta con hacer una visita al remoto asteroide que constituye su banco particular para volver con unos cuantos kilos de oro, de platino o de cualquier otro metal valioso.

-Entonces, ¿cuál fue el problema?

-De nuevo las trabas municipales -suspiró-. Aunque ya estaba prohibido, y tenía su lógica, que salvo en caso de emergencia los helicópteros aterrizaran en cualquier lugar que no estuviera autorizado y señalizado, al alcalde le bastó con subir abusivamente las tasas para forzar el cierre de la mayor parte de los helipuertos existentes en la ciudad.

Mi interlocutor hizo una pausa que aprovechó para apurar la taza de café y continuó:

-Entonces optó por los taxis, pero tropezó con los continuos atascos de tráfico y, por si fuera poco, el gremio de taxistas acabó vetándolo ya que acabaron hartos, y no les puedo culpar por ello, de que en su impaciencia por llegar a tiempo acabara haciendo trizas a sus vehículos. Un problema que tiene Superman es que cuando se pone nervioso pierde el control de sus fuerzas, lo cual puede llegar a ser sumamente engorroso cuando con lo que para nosotros sería un leve golpe él acababa atravesando la carrocería con el puño. Así pues usted me dirá... y si encima los seguros se mostraban remisos a cubrir los daños, pues todavía peor.

»Probó entonces con los autobuses o el metro, pero esto resultó todavía peor. En una ocasión se vio retenido en los pasillos por una aglomeración de viajeros y, como tenía prisa, optó por apartarlos para hacerse paso. Aunque intentó hacerlo con *suavidad*, lo cierto es que colapsó las urgencias de los hospitales próximos con heridos aquejados de fracturas de huesos, esguinces, luxaciones y contusiones varias; por suerte ninguno de los hospitalizados revistió pronóstico grave, pero sirvió para que le prohibieran el acceso al metro y, por si acaso, también a los autobuses.

-Realmente se lo pusieron difícil... -opiné.

-Sí, ya no le quedó otro remedio que conducir él mismo su propio coche; pero se encontró con un problema: carecía de carnet de conducir. Así pues, intentó sacárselo.

-¿Lo consiguió?

-No. Con todos sus superpoderes, se reveló como un completo inútil al volante. Lo único que consiguió fue destrozar varios coches de autoescuelas, lo que le valió un nuevo veto, y desesperar tanto a los profesores como a los examinadores. Así pues, tuvo que renunciar al carnet dándolo por imposible. Y en esas está el pobre hombre, condenado a

desplazarse a pie sin ni siquiera poder correr y llegando siempre tarde. Entre esto y las animadversiones que se ha ganado involuntariamente entre amplios sectores de la población, no es de extrañar que se encuentre amargado, y ya ni siquiera su trabajo en el Daily Planet sirve para sacarlo de la depresión. De hecho, ya le han amenazado varias veces con despedirlo.

-Pues vaya plan... al final acabarán aburriéndolo y forzándole a marcharse de Metrópolis.

-Eso es precisamente lo que busca Lex Luthor, y pienso que ésta debe de ser la verdadera razón por la que Superman sigue aferrado a esta desgraciada ciudad. Pero ha tropezado con el peor rival posible incluso para un superhéroe, la burocracia rampante, y mucho me temo que esté sufriendo en toda regla la primera derrota de su vida. Ojalá -suspiró- en las próximas elecciones Lex Luthor fuera derrotado, pero soy bastante escéptico al respecto ya que con su populismo y su demagogia barata tiene obnubilados a la mayoría de los habitantes de Metrópolis, los cuales le seguirían votando, pese a sus flagrantes barrabasadas, sin darse cuenta de que tras sus trucos de prestidigitación tan sólo se esconde el afán por hacerse el amo de la ciudad. Y teniendo que cuenta que el único que podría enfrentarse a él está a punto de tirar la toalla...

-Comprendo -musité.

Y al tiempo que llamaba al camarero para pedirle la cuenta, añadí:

-Y ahora, si me disculpa, tengo que irme antes de que empiecen a echarme de menos en la residencia. Le estoy muy agradecido por su compañía y por lo que me ha contado. Si más adelante quisiera verme, pregunte por mí -le di mi nombre- en -añadí el de mi empresa.

Él se despidió de mí dándome a su vez el suyo, y nos despedimos encaminándose cada cual a su destino. Mientras caminaba hacia la residencia no dejé de darle vueltas a lo que me había dicho, y ya fuera mi imaginación o los tintes lúgubres con los que me había pintado la situación en Metrópolis, lo cierto es que comencé a lamentar haber descartado la otra oferta de trabajo que me llegó a la par que ésta por parte de una empresa situada en el otro extremo del país.

En fin, me dije aceptando lo inevitable; si las cosas me van mal aquí siempre puedo intentarlo en el otro sitio, y si esa plaza ya no estuviera disponible... bien, algo saldrá en algún lado. Al fin y al cabo, Metrópolis no es el ombligo del mundo.

TALÓN DE AQUILES

El forense entró sin llamar en el despacho del comisario, se sentó frente a él y arrojó sobre la mesa los papeles que llevaba en la mano.

-Aquí están los resultados de la autopsia -espetó a modo de saludo con el ceño fruncido-. Y si quieres que te diga la verdad estoy desconcertado; en mis treinta años de servicio no había visto nada igual.

-¿De qué se trata? -preguntó el interpelado sin hacer ademán de recoger el informe.

-Las causas de la muerte: fue un envenenamiento.

-¿Y qué tiene eso de particular? Teniendo en cuenta que barajamos la hipótesis de que se trató de un homicidio, no resulta sorprendente que su asesino eligiera un veneno en lugar de una agresión física.

-Sí, pero no con este veneno -porfió el galeno.

Y haciendo una estudiada pausa teatral, continuó:

-Fue con un insecticida. Más concretamente, con uno recomendado para matar arañas, ácaros y garrapatas, es decir, arácnidos en general.

-Es importante que hayas identificado el veneno -reconoció el policía-, pero no veo qué pueda tener de extraordinario; es más fácil conseguir un insecticida o un matarratas que cianuro o arsénico.

-Me temo que no me he explicado bien -rezongó el forense al tiempo que se removía inquieto en la silla-. Ese insecticida es inocuo para los humanos, habría sido necesaria una dosis miles de veces superior a la que he encontrado para causar trastornos, e incluso dudo que pudiera llegar a ser mortal.

-¿Se trató de una reacción alérgica? Hay quien muere por una simple picadura de avispa...

-No encontré el menor rastro de anafilaxia en el cadáver. Simplemente, para él resultó mortal un producto que en teoría era inocuo, así de sencillo... y de extraño, sobre todo porque no existía ninguna herida o lesión, ni externa ni interna, que pudiera explicar su fallecimiento.

-Hum... ¿sabes de quién se trataba?

-Leí su nombre en la ficha que me pasasteis, pero no me dijo nada. Un tal... -vaciló- Peter Parker, si no me equivoco.

-En efecto, éste era su nombre, pero no era conocido por él. Por cierto... tú le viste desnudo, ¿no?

-Evidentemente. ¿Cómo querías que le hiciera la autopsia? ¿Vestido de cabaretera?

-Disculpa. Quería decir que tú ya le viste así.

-Es es protocolo habitual. Suelen ser los auxiliares quienes los desnudan, aunque en ocasiones lo hacen tus chicos si es necesario enviar la ropa a la policía científica. A mí los *clientes* siempre me llegan tal como vinieron al mundo. Como comprenderás no voy a andar perdiendo tiempo en estas minucias, aparte de que a estas alturas no siento el menor interés por un estriptis póstumo.

-Espera un momento -masculló el comisario al tiempo que rebuscaba en el cajón de la mesa. Y sacando de él un fajo de fotografías, se las mostró.

-Así es como le encontramos en el interior de un almacén abandonado, a donde sin duda fue en persecución de uno o varios delincuentes que según todos los indicios le habían preparado una encerrona. Por supuesto, iba vestido. Quizá le reconocerás con este atavío.

El forense cogió la primera fotografía y observó con detenimiento el cadáver que, en decúbito supino, aparecía vestido con un llamativo traje de colores rojo y azul que le cubría todo el cuerpo a modo de una ceñida malla, incluyendo la cabeza. En el pecho llevaba dibujada una araña.

-Es... es... -musitó perplejo.

-En efecto. Es, o mejor dicho era, Spiderman. Mira si quieres las otras fotografías, pero no te van a aportar nada nuevo.

-Así que Spiderman era en realidad Peter Parker... -murmuró el médico absorto en sus pensamientos al tiempo que dejaba la fotografía encima de la mesa. ¡Quién lo hubiera pensado...!

-En efecto, ésta era su identidad secreta, y si te sirve de consuelo reconoceré que nosotros tampoco lo supimos hasta que encontramos el cadáver y cotejamos sus huellas dactilares. Por cierto, nos costó bastante trabajo quitarle los guantes. Pero esto ya es irrelevante, lo que importa es saber quién lo mató -el policía estaba más hablando consigo mismo que con el visitante-. Al menos sabemos como, y esto ya es bastante.

-¿Quién pudo ser? -el forense se mostraba confuso.

-¿Quién sino alguno de los supervillanos a los que se enfrentaba? Doctor Octopus, Duende Verde, Venom, Electro, Mysterio... y muchos más cuyo nombre no recuerdo ahora. Me temo que será complicado encontrarlo; el pobre Parker tenía muchos enemigos.

-Sí, todos se enfrentaron a él, e incluso en ocasiones llegaron a ponerle en verdaderos aprietos. Pero no me cuadra que ninguno de ellos intentara envenenarlo, y menos de esta manera tan insólita. Porque, sigo insistiendo, ese insecticida no tendría que haberle matado.

-En cuanto a lo primero, estoy de acuerdo contigo en que ésta no es la manera de actuar de los supervillanos clásicos, por muy pérfidos que sean, y algunos lo son; siempre combatían con el Hombre Araña de una manera digamos deportiva, nunca con artimañas. Así pues, tendremos que buscar al asesino entre los menos conocidos que sean además partidarios de jugar sucio. Respecto a tu segunda pregunta, creo que se puede entender bastante mejor.

-Pues como no me lo expliques, seguiré *in albis*. Porque desde luego, una explicación médica no la hay.

-Nada puedo asegurar, sólo deduzco... aunque juraría que no debo andar muy descaminado -y viendo el gesto de impaciencia de su visitante, continuó-. Como evidentemente sabes, Spiderman era un superhéroe que adquirió sus superpoderes merced a la mordedura de una araña radiactiva escapada accidentalmente de su encierro. Estos superpoderes eran básicamente los de un arácnido, incrementados a escala humana.

Hizo una breve pausa y continuó:

-Pero como buen superhéroe, Spiderman tenía también su talón de Aquiles. El de Superman es la kriptonita, Wonder Woman pierde sus superpoderes si un hombre le ata las manos, el Detective Marciano es vulnerable al fuego, Linterna Verde al color amarillo, Thor no puede perder su martillo... y Spiderman se había convertido en una araña humana, pero araña al fin y al cabo. Podía trepar por los muros más inverosímiles, podía tejer telas de araña; y mucho me temo, aunque esto habrá que comprobarlo a nivel bioquímico con análisis más precisos que tu autopsia, era desde el punto de vista biológico una araña. Y por lo tanto -zanjó-, sensible a todo aquello que pudiera afectar o matar a un arácnido, como por ejemplo los insecticidas.

-Tiene su lógica... -reconoció el forense-. Pero nunca imaginé que pudiera ocurrirle.

-Es normal que un superhéroe intente camuflar su punto débil; hasta el propio Aquiles lo hizo protegiendo con una armadura todo su cuerpo a excepción de su vulnerable talón. De hecho sabíamos que a Spiderman le afectaban los resfriados y que ciertos gases inocuos, como el cloruro de etilo, le privaban de sus poderes o le anestesiaban. Pero como es natural mantenía en secreto su vulnerabilidad a los insecticidas, o al menos al que le

mató, por la cuenta que le traía, ya que como hemos tenido ocasión de comprobar le iba la vida en ello. Literalmente.

-Pero alguien lo debió averiguar.

-Así fue, para su desgracia -suspiró el policía-. Alguien lo suficientemente taimado como para tenderle una trampa mortal, algo que no habían conseguido ni sus archienemigos más poderosos. En fin, así es la vida -suspiró.

Y recogiendo las fotografías y el informe forense, guardó todo en el cajón de la mesa al tiempo que decía:

-Nada más podemos hacer hasta que dispongamos de los resultados de los análisis bioquímicos y genéticos, y eso tardará algunos días. Así pues, te invito a un café en el bar de enfrente; el de la máquina del vestíbulo sólo es bueno como purgante, y no me apetece tener que visitar los servicios de la comisaría. No veas como los dejan algunos.

LA VERDADERA HISTORIA DEL INCREÍBLE HULK

Tras casi dos horas de aguantar pacientemente en la cola, buena parte de ellas en la calle bajo la lluvia, pese a haber solicitado una cita previa, el sufrido ciudadano se encontró al fin frente a la ventanilla. Explicó lo que deseaba y presentó el fajo de papeles que tanto trabajo le había costado recopilar, preguntándose si había servido para algo la informatización de la administración pública cuando en la práctica seguía funcionando igual o peor que en los lejanos tiempos de Larra.

El funcionario los revisó con gesto profesional y, seleccionando varios de ellos, se los devolvió al tiempo que le explicaba:

-Lo siento, pero hay algunos documentos incorrectos. O bien no corresponden a los formularios concretos, o bien están mal rellenados. Además, las convalidaciones no son válidas porque no se ajustan a la nueva normativa. Ah, y este certificado ha caducado. Me temo que tendrá que rehacerlos. Mejor le devuelvo todo, aunque por separado, y me lo vuelve a traer cuando ya esté subsanado todo.

-Pero... -objetó la víctima de *burocratitis* en tono compungido-. Sus compañeros me dijeron que todo estaba bien, y en cuanto al certificado caducado se debe a que tardé varias semanas en conseguir una cita previa, y no me la dieron hasta pasados tres meses. No es culpa mía que caducara.

-Lo lamento mucho, pero no puedo tramitar su solicitud si ésta no se ajusta a la forma, y no lo está. Tendrá que volver a los organismos que le expidieron los documentos, o acceder por vía telemática, para subsanar los errores y volver aquí con ellos.

El funcionario se interrumpió:

-Señor Banner, ¿qué le ocurre? ¿Se siente mal? Se le está hinchando todo el cuerpo, y la cara se le ha puesto verde. ¿Por qué me mira así? Yo no... ¡Socorro, que alguien me ayude!

SUPERCLASISMO

Spiderman practicaba su gimnasia matutina trepando por la fachada de un edificio cuando oyó que le llamaban. Era Superman, que flotaba ingrávido a su lado.

-¿Qué tal, Arañita? ¿Haciendo un poco de ejercicio? Yo también la hago, que no es cuestión de anquilosarse; todas las mañanas un viajecito de ida y vuelta hasta la Luna y me quedo como una rosa.

Iba a responder éste al kriptoniano cuando una nueva voz saludó a su vez a ambos. Era Mister Fantástico, parado en la acera justo debajo de ellos.

-¡Reed, ya bajamos! -exclamó Spiderman.

-No hace falta, subo yo.

Y así lo hizo, estirándose hasta llegar a la altura -un quinto piso- de sus dos amigos.

-¿Sabéis que Batman ha vuelto a solicitar su ingreso en el Club de los Superhéroes? -les espetó sin más preámbulo-. Este hombre no escarmienta...

-La verdad es que no -añadió Superman-, y eso que se le ha repetido por activa y por pasiva que él no es un superhéroe porque no tiene superpoderes de ningún tipo, y que por muy avanzada que sea la tecnología que utiliza no cumple los requisitos necesarios para ser socio.

-Pues sigue empeñado. Y, claro está, han vuelto a rechazar su admisión.

-Pero habrá necesitado avalistas -terció Spiderman-; no sé como sigue habiendo gente que se presta a esta comedia.

-Siempre tiene que haber alguna oveja negra -rezongó Mister Fantástico-. Según he sabido fueron Brontosaurioman y Piojowoman, dos recién llegados que ni siquiera conozco de vista.

El gesto de ignorancia de sus dos colegas dejó patente que ellos tampoco.

-La verdad es que esto empieza a pasarse de castaño oscuro -añadió el hombre araña balanceándose en el hilo que acababa de tejer-. Y no me refiero al murciélago, sino a toda esa caterva de absurdos superhéroes que nos están invadiendo. Alguna vez tendríamos que protestar los de toda la vida y exigir a los de arriba que paren ya de darle a la churrera; porque como siga así la cosa vamos a tener serios problemas de superpoblación... nunca mejor dicho -rió su propio juego de palabras.

-Es que ya no hay guionistas como los de antes -suspiró el Hombre de acero-. Y si a eso sumamos la avidez de los productores, que con tal de exprimirnos más no tienen escrúpulos en obligarnos a actuar en las historietas más ridículas... siento auténtica vergüenza cada vez que me llega el guión de una nueva aventura. Tendríamos que ponernos en huelga para intentar acabar con todo esto.

-Bueno, dejémonos de elucubraciones y vayamos al grano -terció Mister Fantástico, cuya aversión a los sindicatos era de sobra conocida-. Estábamos hablando de Batman.

-Sí, y de que se le ha insistido hasta el aburrimiento en que deje de insistir, porque mientras no tenga superpoderes no podrá entrar en el club -Spiderman, cansado de su postura, se dio la vuelta quedándose boca abajo.

-Y para ello -añadió Superman- lo único que tiene que hacer es convencer a sus guionistas para que den un giro a su vida y le irradien con rayos gamma, le pique una cobra mutante o cualquier otra cosa que se les ocurra; al fin y al cabo, muchos de vosotros erais personas normales antes de sufrir la metamorfosis.

-Cosas más raras nos han obligado a hacer -apoyó Mister Fantástico-. Y aquí estamos. Pero no, él lo que quiere es ser admitido tal como es ahora, con toda la cacharrería ambulante y sin superpoderes ni para encender una cerilla. Lo que hace estará bien para James Bond, pero no para un superhéroe que se precie. Vergüenza me daría a mí sólo de pensarlo.

-Pues a él no le da ninguna -Spiderman volvió a hacer otra pirueta recostándose cómodamente en la tela que había tejido en el hueco entre dos ventanas-. Es más, incluso se jacta de haber tenido a varios de nosotros como *partenaires* en todos esos revoltijos de superhéroes y supervillanos que los fulanos de los guionistas se empeñan en guisar de vez en cuando. Por lo menos yo me he librado de eso por ser de la competencia...

-Y yo también -apoyó Mister Fantástico-. Pero tú sí has tenido que cargar con él -añadió dirigiéndose a Superman.

-No me lo recuerdes; incluso me lo enchufaron en un mano a mano. En la Liga, al menos, quedaba diluido dentro del batiburrillo, pero aguantarlo a solas llegó a ser insoportable. Además el tío iba de divo, cuando yo podría haberle aplastado con dos dedos como si fuera una mosca. Y por si fuera poco, me estaba rebozando constantemente que él sí tenía una verdadera personalidad mientras yo no pasaba de ser un fantoche. Acabé de él hasta la capa, y si no hubiera sido por el contrato... es una lástima que en vez de mí no hubieran llamado a Bruce, con la mala leche que se le pone cuando se cabrea; lástima que sea también de la competencia.

-Bueno, vayamos a lo práctico -zanjó Spiderman acunándose beatíficamente en su hamaca arácnida-. Después de este portazo ¿conseguiremos que deje de dar la lata?

-Yo iría aún más lejos -apuntó Superman-. Deberíamos exigir a los guionistas y a los productores que lo expulsaran de nuestro universo para que nos dejara en paz de una vez.

-No sé si lo conseguiríamos -terció Reed-. Por desgracia, sigue siendo rentable. En fin, habrá que seguir aguantándole, pero al menos podremos impedir que se nos cuele en nuestro sancta sanctórum, aquí las editoriales y las productoras no pintan nada. Pero fuera de su trabajo en solitario que se quede en su Gotham y nos deje en paz, aunque como a los guionistas vuelvan a cruzárseles los cables... Y ahora, si me disculpáis, me tengo que encoger, porque con superpoderes o sin ellos el reuma no me perdona, y estos estiramientos me dejan hecho cisco. Además, he quedado con la Patrulla X para tomar unas copas.

-Yo tengo que pasarme por el Daily Planet a ver qué tontería se le ha ocurrido hoy al director -dijo a su vez Superman despidiéndose con un saludo antes de marcharse volando.

Pues nada, que os vaya bien a los dos -respondió Spiderman a nadie, puesto que ya se había quedado solo-. A ver si me dejan en paz también a mí -se dijo para sí-, porque con tanto reinicio, tantas versiones alternativas y tantos Vengadores de las narices me tienen hasta los quelíceros.

Tras lo cual abandonó su tela -cualquier día le darían un toque los servicios de limpieza municipales- y siguió trepando tranquilamente por la fachada.

INCONVENIENTES DE LA SUPERHEROICIDAD (I)

Poco podía sospechar Peter Parker, cuando se convirtió en Spiderman, que ser un superhéroe también tenía sus desventajas.

Así, por más que recorrió la totalidad de la ciudad no consiguió encontrar ningún restaurante que incluyera insectos en el menú... y todavía menos vivos.

INCONVENIENTES DE LA SUPERHEROICIDAD (II)

Mister Tailor, copropietario de Tailor & Tailor, una de las más afamadas sastrerías de Metrópolis, vio entrar en su establecimiento a un hombre alto y fornido con una expresión un tanto bovina en el rostro. Era uno de sus mejores clientes, por lo que salió a su encuentro con una amplia sonrisa al tiempo que le ofrecía la mano.

-Buenos días, mister Kent. Me alegra verle de nuevo por aquí. ¿En qué puedo servirle?

-¡Oh!, gracias mister Tailor -respondió éste con un leve tartamudeo al tiempo que se ajustaba con el índice las enormes gafas-. Vengo a lo de siempre, quisiera comprar algunos trajes. Ya ve, soy un desastre, no sé como me las apaño que no doy abasto con los que tengo.

-No se preocupe, para eso estamos nosotros. ¿Los quiere como siempre? ¿Cuántos?

-Sí, como siempre, ya sabe que yo soy de gustos fijos. En cuanto a la cantidad... diez estaría bien.

-Perfecto, señor Kent, los tendrá en una semana.

-¿Tienen que tomarme las medidas?

-No es necesario, no sólo tiene usted un magnífico tipo sino que además lo conserva perfectamente. Nos valdrán las que tenemos registradas.

-Perfecto, porque ando apurado de tiempo. Permítame que le pague -añadió al tiempo que hacía ademán de sacar la cartera.

-No se preocupe, ya lo hará cuando los recoja. ¿Desea algo más?

Clark Kent respondió que no, tras lo cual se despidió cordialmente de su interlocutor abandonando la sastrería.

-"Me pregunto para qué demonios querrá tantos trajes idénticos, es imposible que se le estropeen tan pronto máxime teniendo en cuenta su calidad -se decía Tailor-. Aparte de que no son nada baratos, y por lo que yo sé el Daily Planet no es precisamente generoso a la hora de retribuir a sus empleados. Pero mientras los pague, y lo hace religiosamente, éste no es mi problema".

-"Estoy harto de comprar trajes a destajo -pensaba a su vez un malhumorado Superman-. Tengo que evitar que se rompan por culpa de mi superfuerza cada vez que me los quito precipitadamente para realizar una misión, pero de todos modos de poco serviría

dejarlos intactos en una cabina telefónica o en cualquier otro sitio si cuando vuelvo para recogerlos se los ha llevado algún espabilado; y bien caros que me cuestan, si fuera por el miserable sueldo que me pagan en el periódico no tendría ni con qué vestirme. Menos mal que gracias a mis superpoderes puedo transmutar plomo o cualquier otro metal en oro, porque si no estaba apañado".

INCONVENIENTES DE LA SUPERHEROICIDAD (III)

Desde el instante mismo en el que le vio aparecer por la puerta, el dependiente adivinó que venía cabreado. Muy cabreado. Echando mano de su experiencia como vendedor, le preguntó en su mejor tono profesional:

-¿Qué desea el señor?

-¿Qué deseo? -barbotó éste sin disimular su enfado-. Dar una queja.

-Por supuesto, señor, estamos aquí para atenderle. Le agradecería que me dijera los motivos de su descontento.

-¿Motivos? Éstos -respondió arrojando sobre el mostrador una caja de preservativos abierta-. ¿Le parece poco?

-Discúlpeme, pero no entiendo...

-¡Se rompen, demonios, se rompen! Todos sin faltar uno de los que he usado, que obviamente no he traído aquí, se han roto durante... bueno, ya me entiende. Éstos son los que han sobrado.

-¿Se han roto? -la sorpresa del dependiente era auténtica-. No dudo de su palabra, por supuesto, pero se trata de algo muy extraño. Éstos son los preservativos más resistentes del mercado, y aunque hemos vendido muchos, hasta ahora nadie se había encontrado con este problema.

-Eso mismo dijo usted cuando me los vendió, pero ya ve que no ha sido así.

-Lo único que puedo hacer es devolverle su importe, ya que no dispongo de otra marca con más garantías. Eso sí, le agradecería que me dejara éstos para enviárselos al fabricante y que pueda analizarlos. Quizás se trate de una partida defectuosa.

-Puede quedárselos y hacer con ellos lo que le plazca, y en cuanto al dinero no se preocupe, también se puede quedar con él. Yo lo único que quería es manifestarle mi descontento y asegurarle que jamás volveré a comprar nada en este establecimiento.

-Como usted desee y le agradezco su comprensión, pero insisto en compensarle por las molestias. Le ruego que aguarde un momento para que pueda reintegrarle lo que le costó, tengo que ir a la caja.

Pero cuando volvió con el dinero en la mano el irritado cliente ya se había ido sin despedirse dando un fuerte portazo que hizo temblar todos los cristales de la tienda.

-“Menudo elemento -pensó para sí-. Menos mal que se ha ido, porque si no me habría amargado el día.¿Qué demonios haría para romperlos? Porque hay que ser bruto...”

Mientras tanto Clark Kent, *alter ego* público de Superman, se dirigía a grandes zancadas hacia algún lugar en el que poder quitarse el disfraz de humano y volar hasta su refugio secreto donde aguardar a que se le pasara el berrinche. ¿Qué se había creído el petimetre ése? Si de un simple soplido podría haber arrasado la tienda, él incluido, como si por ella hubiera pasado un ciclón tropical.

Pero esto no solucionaba el problema: ¿cómo poder disfrutar de sus superorgasmos sin que el preservativo quedara destrozado? Como no los hicieran de kriptonita...

SUPERTRAJE

-Aquí tiene su pijama, señor Kent. Y aquí la factura.

-¿Trescientos dólares por lavar un... -se corrigió a tiempo- pijama? ¿No le parece excesivo?

-Por el lavado no le cobramos nada -le espetó la adusta dependienta-. Los trescientos dólares son lo que ha costado la reparación de la lavadora. No sé qué demonios tendrá su pijama, pero destrozó completamente el tambor. El técnico me preguntó con guasa si no había puesto a lavar un saco de piedras.

Superman, cohibido, sacó la tarjeta de crédito y pagó sin rechistar. Cuando la irritada dependienta le devolvió la tarjeta junto con el resguardo de pago, añadió:

-¡Ah! Le agradecería que no volviera a recurrir a nuestros servicios. Hay muchas lavanderías en Metrópolis.

Ya en la calle, el Hombre de Acero musitaba para sí:

-Es la quinta vez que me pasa... menudo engorro para lavar el puñetero supertraje. ¿Y ahora qué hago? Sólo tengo una muda, y entre los trabajitos que me toca hacer y que por muy superhéroe que sea también sudo, y no precisamente poco, acaba hecho un asco; y la última vez que intenté lavarlo a mano me cargué la bañera. No, si al final acabarán llamándome Guarroman...

SUPER ROMEO Y SUPER JULIETA

-Lo siento mucho, cariño, pero lo nuestro no puede ser.

-¿Cómo que no puede ser? -se sobresaltó Spiderman-. Yo te quiero con toda mi alma, y tú... -continuó en tono algo más dubitativo- pienso que me quieres también. Por eso me sorprende tanto que digas eso.

-No lo dudes, yo también te quiero con locura -respondió apesadumbrada Catwoman- y nada desearía más que poder compartir mi vida contigo; pero por desgracia nuestro amor es imposible.

-¿Por qué? ¿Quién lo impide? -rugió el hombre araña lleno de furia-. Dime quien se opone a nuestra felicidad y te juro por la Gran Tarántula que no volverá a molestarnos jamás. ¡Palabra de Spiderman!

-Ojalá fuera tan sencillo -se lamentó compungida la mujer gato-. Pero no se trata de ninguna persona, sino de nuestras respectivas editoriales. Jamás permitirían, por cuestiones económicas y de imagen, que en sus respectivas publicaciones y películas apareciera un superhéroe o una superheroína de la compañía rival, y mucho menos tolerarían un idilio mixto como el nuestro. Las tribulaciones de Romeo y Julieta son poca cosa comparadas con las nuestras. Ojalá todo se redujera a una cuestión familiar.

-No me hables. Estoy hasta los quelíceros de esos explotadores que, aprovechándose de que carecemos de identidad real, nos tratan como si fuéramos una mera propiedad suya; pero aunque no seamos de carne y hueso esto no significa que no existamos, y puesto que existimos tenemos esos derechos que sistemáticamente nos niegan.

-Tienes razón, arañita mía, pero las cosas son como son y ningún tribunal nos concedería la condición de humanos, no ya de superhumanos, por lo cual sería inútil reivindicarlo siquiera.

-Así es -concedió a regañadientes-. Muchas veces he soñado con una revolución bajo el lema "¡Superhéroes del mundo, uníos!" que nos permitiera reclamar nuestros derechos, en especial el de libre autodeterminación para poder gestionar nuestras vidas y nuestros negocios sin interferencia alguna. ¿Cuánto dinero nos llega de toda la fortuna que generamos? Ni un céntimo. ¿Cuántas versiones alternativas, universos compartidos, universos extendidos, series de televisión, secuelas de películas, reinicios, videojuegos, actuaciones en los parques temáticos y demás parafernalia tenemos que padecer para que nos puedan exprimir más? Estoy harto, quiero que me respeten y me dejen en paz para poder desarrollar mis propias historias a mi manera y sin tamaño agobio.

-Bien sabes que pienso igual que tú, pero por mucho que lo deseemos, por mucha razón que nos asista, jamás lo conseguiremos. Somos la gallina de los huevos de oro de los editores, y nunca nos liberarán de la jaula en la que nos tienen encerrados,

-Por su propia voluntad por supuesto que no; pero con nuestros superpoderes aunados no serían capaces de negarse a nuestras reivindicaciones; incluso renunciando a la violencia nos bastaría con ponernos en huelga para hacerlos temblar. Pero a la hora de la verdad, cuando se lo he propuesto a alguno de mis amigos todos ellos me han respondido lo mismo que tú: no era lo adecuado. ¡Vivan las cadenas! -concluyó con amarga ironía.

-Cariño, no te lo tomes tan a pecho -intentó consolarle Catwoman-; míralo por el lado bueno. Somos famosos y admirados por millones de lectores y espectadores que nos consideran sus ídolos.

-¡Ja! Pregúntaselo a los supervillanos, cuyo único pecado fue el haberles tocado en el reparto el papel de malvados. ¡Pero si incluso tú sufriste esa lacra! Y si bien tuviste la suerte de poderte reciclar gracias a la benevolencia o al capricho de los guionistas, no les ha ocurrido lo mismo a la mayoría de ellos. ¿Acaso crees que a Lex Luthor, a Joker, a Galactus, a mis rivales el Doctor Octopus y el Duende Verde y a muchos otros no les gustaría pasarse al lado de los buenos? ¿Por qué tienen que ser siempre los perversos, los odiados y a la larga los perdedores? ¿Cuál ha sido su delito? Pero ni siquiera ellos se atreven a alzar la voz, temerosos de que su protesta sea utilizada por los de arriba *ad maiorem gloriam* nuestra, los "buenos", y para mayor beneficio de los bolsillos de nuestros amos. Y lamentablemente no les falta razón.

-Podemos seguir como estamos -propuso ella medrosa-. Tampoco nos va tan mal.

-Ni tan bien -gruño tajante el alter ego de Peter Parker-. Estoy harto de esta clandestinidad, de esta pesadilla de mantener nuestra relación en secreto; yo quiero gozar de plena libertad, y si dentro de nuestras editoriales no es posible conseguirlo, estoy dispuesto a buscarla fuera.

-¿Qué te propones hacer? -se alarmó la gata humana.

-Fugarnos. Tú de tu editorial y yo de la mía, y buscarnos una nueva vida fuera de sus malditos universos. Conozco una compañía, es pequeña y poco conocida pero dispone de unos magníficos guionistas y dibujantes. Les he sondeado y estoy seguro de que nos aceptarían encantados. ¿Te imaginas el gozo de poder compartir aventuras contigo? Sería maravilloso.

-Por supuesto que lo sería -respondió dubitativa-. Pero no lo lograríamos. Nuestros dueños no consentirían nuestra fuga, valemos demasiado para ellos. Nos perseguirían y obligarían a esa editorial a devolvernos. Ya se han dado precedentes, y las víctimas siempre

han sido las editoriales pequeñas y los propios personajes frente a la voracidad de las grandes compañías. ¿Crees acaso que con nosotros obrarían de manera distinta?

-No, supongo que no... -reconoció Arañita-. ¡Pero merecería la pena intentarlo!

-¿Para que dieran una vuelta más a nuestras cadenas? Mentalízate, Peter, tú y yo somos unos simples personajes de papel sujetos a los caprichos de nuestros autores y al bolsillo de nuestros dueños. ¿Qué podríamos hacer salvo resignarnos? Ni la muerte nos libraría de este yugo, puesto que cuando se les antoja nos matan y después nos resucitan como ocurrió con Superman, el Capitán América, Hulk... ¡e incluso contigo!

-No me lo recuerdes -rezongó el aludido-. Pero algo habrá que hacer.

-Ya te lo he dicho, seguir manteniendo nuestra relación en secreto. Dista mucho de ser lo ideal, pero es lo único que tenemos.

-Está bien -se resignó Spiderman jugando nerviosamente con las fibras de seda que segregaba sin parar-. Tienes razón, habrá que hacerlo así... de momento. En el futuro ya veremos.

Su novia le respondió con un enigmático gesto felino.

SUPERPELMAZOS

Patrullaba Superman volando por la ciudad en busca de villanos a los que castigar, cuando su superoído captó el grito de alarma de una muchacha. Moviendo sus supermúsculos cambió de dirección encaminándose al lugar de donde partían, que resultó ser un barrio poco recomendable para visitar solo, sobre todo siendo una mujer.

Allí estaba. Una chica joven que, pretendiendo escabullirse de su perseguidor, se había internado en un estrecho callejón que resultó estar cortado por una tapia, lo cual lo convertía en una encerrona perfecta. A la entrada del mismo, dirigiéndose sin prisas hacia ella, se encontraba un hombre de torvo aspecto con un ademán en su feo rostro que tenía poco de tranquilizador.

Sin dudarlo un instante el Hombre de Acero describió un brusco giro -las leyes de la física no rezaban con él- al tiempo que frenaba y se posaba suavemente entre ambos haciendo de escudo protector de la muchacha. Su intención era la de interceptar al atacante y asustarlo para que desistiera de sus propósitos, tampoco parecía tan peligroso, hecho lo cual cogería en brazos a la chica y la llevaría volando hasta un lugar seguro. Nada relevante comparado con otras de sus intervenciones cotidianas.

Pero no pudo llegar a hacerlo. Apenas había posado los pies en el suelo, cuando una voz resonó detrás de él en tono admonitorio:

-Márchate por donde has venido y vete a revolotear por ahí, yo me sobro para salvarla.

Intrigado a la par que irritado, se volvió descubriendo la presencia de Spiderman.

-¿Qué haces aquí, repugnante artrópodo? -sus relaciones personales distaban mucho de ser cordiales a causa de la exacerbada vanidad de ambos... y además trabajaba para la competencia.

-Lo mismo que tú, desfacedor de entuertos. Pero éste es mío, porque he llegado antes descolgándome por la pared que tú revoloteando como un murciélago. Así que aire...

-¿Qué tienes en contra de los murciélagos? -bramó una tercera voz al tiempo que una sombra alada descendía ágilmente desde los tejados-. ¿Algo que objetar?

-Éramos pocos... -farfulló el interpelado-. Y encima es colega del otro. No te necesitamos, Batman, pírate a otro sitio que seguro que encontrarás alguien a quien prestar ayuda.

-Será si quiero -respondió éste-; la ciudad no es sólo tuya. ¿Qué tal, Super?

-Te he dicho mil veces que no me gustan los diminutivos -terció Superman-. Y si en algo estoy de acuerdo con esta alimaña octópoda es que sobras aquí.

-¡Vaya con los chulitos! Pues os digo a los dos que...

-¿Por qué no os vais a discutir a otra parte y me dejáis trabajar tranquilo? Aquí lo único que hacéis es estorbar.

El Capitán América se había unido a la discusión blandiendo amenazadoramente su invulnerable escudo.

Y no acabó ahí la cosa, puesto que inmediatamente después aparecieron con pocos segundos de diferencia los Cuatro Fantásticos, la Patrulla X, Thor, Hulk, la Capitana Marvel, Shazam, Flash, Aquaman, Wonder Woman, Iron Man, Ant-Man, Linterna Verde, Namor, Catwoman, Lobezno, Daredevil, Starman, Avispa, El Fantasma... con lo cual el otrora solitario callejón empezó a parecerse cada vez más al atestado camarote de los Hermanos Marx en versión superhéroes.

Mientras tanto la chica, olvidada por éstos que bastante tenían con discutir entre ellos -Ant-Man estuvo a punto de sucumbir de un pisotón del irascible Hulk-, permanecía acurrucada en un rincón no tanto por miedo, sino porque apenas existía un vestigio de espacio libre en el callejón. Atenta como estaba a que no la aplastaran contra el muro o le soltaran accidentalmente un superguantazo, apenas si sintió un leve toque en el brazo.

Volviendo la vista comprobó que se trataba de su presunto agresor, el cual se había escurrido hábilmente entre los aguerridos contendientes sin que ninguno de ellos se apercibiera de su presencia hasta llegar a su lado. Ante su sobresalto él la tranquilizó con una mueca de su repulsiva cara que pretendía ser una sonrisa.

-No te asustes, no deseo hacerte el menor daño sino sacarte de aquí. Pretendía avisarte de que éste no era un lugar recomendable no por el vecindario sino por culpa de ellos, pero lamentablemente llegué tarde. Y como puedes apreciar, tus *salvadores* -recalcó la palabra- lo están poniendo bastante feo. Sígueme y no temas nada.

Más o menos voluntariamente se dejó arrastrar por quien se anunciara como su salvador, el cual abrió una pequeña puerta semiescondida tras unos contenedores de basura invitándola a entrar, tras lo cual él hizo lo propio cerrando con cuidado la puerta tras de sí.

-Se creen que la posesión de superpoderes les confiere inteligencia, los muy cretinos -rezongó el desconocido mientras encendía una linterna, ya que el pasadizo al que habían accedido estaba completamente a oscuras-. Vamos a ir por un atajo que nos llevará fuera del alcance de estos energúmenos.

Pese a los posibles temores que hubiera podido inspirarle a la chica él cumplió su promesa, y tras recorrer diferentes vericuetos salieron finalmente a otro callejón que se abría a una de las avenidas principales a razonable distancia del lugar donde, conforme los gritos y los ruidos que se oían, seguían discutiendo encarnizadamente los superhéroes.

-Bien, aquí te dejo -le explicó-. Si bajas por la avenida encontrarás una estación de metro, y también puedes parar a un taxi si lo deseas.

-No sé como agradecérselo... -balbució la chica-. Estaba realmente asustada.

-¿De mí? -sonrió él con su gesto torcido-. No te preocupes, estoy acostumbrado. No tengo la culpa de ser tan feo, pero te aseguro que nunca he hecho el menor daño a nadie.

-No, me refería a ellos...

-¡Ah, menudos elementos! Están empeñados en salvar a la humanidad con sus superpoderes quiera o no quiera ésta, sin ser conscientes de que son peor remedio que la enfermedad. Por si fuera poco, existe tal superpoblación de superhéroes por culpa de los editores y los productores que tienen que pelearse entre ellos, como has tenido ocasión de comprobar, cada vez que encuentran alguien a quien *ayudar*. Y como en muchos lugares las autoridades estaban tan hartas de su presencia que les han prohibido terminantemente aparecer por allí, han tenido que buscarse cazaderos como en el que te encontraron, por los que acostumbran a merodear como si fueran buitres o hienas buscando una presa a la que poder cazar. En consecuencia la situación se ha vuelto insostenible por culpa suya, y puesto que los que residimos en ellos no contamos con defensa alguna frente a sus tropelías, la única solución que nos queda es burlarlos tal como hemos hecho. Por suerte son tan imbéciles que ni se dan cuenta de ello.

-No me lo podía imaginar.

-Seguro que no vives por aquí. Este barrio es uno de tantos abandonados por los ayuntamientos por culpa de una mala fama, muchas veces mal merecida, de peligrosos, cuando lo único que deseamos es vivir lo más decentemente posible. Y volviendo al tema de los superpelmazos, te diré que al igual que a mí me confundieron con un depredador peligroso juzgándome por las apariencias, más vale que no te fíes de ellos puesto que muchos, además de superpoderes, tienen también numerosos supervicios. No te desearía que estuvieras en una de sus superorgías; pero, claro está, tanto la censura oficiosa, que existe aunque no se reconozca, como los intereses comerciales se encargan de ocultarlo presentándonoslos como si fueran almas impolutas. ¡Y luego tienen la desfachatez de tildarme a mí de peligroso y depravado simplemente porque no tuve la suerte de nacer agraciado!

-No te preocupes -le calmó ella apoyando la mano en su brazo-. Yo te creo.

-Gracias -musitó él-. No sabes cuanto te lo agradezco. Y si te atreves a ir con alguien como yo, te invito a tomar algo en una cafetería que hay en esta misma avenida. Te aseguro que no es ningún tugurio sino un local elegante, y por supuesto mis intenciones no van más allá de pasar un rato en agradable compañía.

-¿Cómo no? -sonrió ella colgándose de su brazo-. Vayamos a ella. Por cierto, me llamo Lois. Lois Lane, y soy periodista.

-Yo... -respondió dubitativo-. Bueno, mi nombre real importa poco. Todo el mundo me conoce como Quasi, de Quasimodo.

-Espero -añadió Lois, que no ronde por allí ningún superrepelente. No lo soportaría.